

WILLIAM B ARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
- Tomo 12 -

Las Cartas a.
Timoteo, Tito y Filemón

PRESENTACIÓN

En los tomos del Comentario al Nuevo Testamento que ya se han publicado ya hemos notado los conocimientos enciclopédicos que tenía William Barclay de las literaturas clásica, hebrea y cristiana primitiva, además naturalmente de la Palabra de Dios. Todo esto resalta también en este tomo; pero me permito adelantar que hay algo que brilla en él aún más que en los otros.

Si hubiéramos de escoger el carisma más representativo entre los muchos que Dios le concedió a William Barclay -profesor, conferenciante, comunicador, escritor, etc., etc.-, yo diría que fue el carisma de pastor. Tuvo una experiencia amplia en el trabajo pastoral antes de dedicarse especialmente a la enseñanza; pero, en todas sus numerosas actividades no faltó nunca, sino más bien fue el impulso y el exponente principal, el interés pastoral, y dedicó mucho de su esfuerzo a la formación de pastores, cosa que llevó a cabo consagrada y magistralmente, dejando una verdadera multitud de discípulos, no sólo en su país, sino en todo el mundo, y no sólo de los que tuvimos el privilegio de seguir sus cursos, sino de los que aprovechan la enseñanza que destiló en sus muchas publicaciones.

Y ya os he dado la clave para descubrir la nota barcliana característica de este tomo. Era de esperar, aunque Barclay siempre presenta sorpresas, que tal pastor fuera un intérprete excepcional de las Epístolas Pastorales fue es el nombre que se da generalmente a las cartas a Timoteo y Tito-, no sólo extrayendo de ellas toda la riqueza de sus veneros, sino infundiéndoles su experiencia y sensibilidad pastoral.

William Barclay nos dice que < es de lo más significativo que los misioneros nos dicen que, de todas las cartas del Nuevo Testamento, las *Epístolas Pastorales* son las que hablan más directamente a la situación de las iglesias jóvenes. » Incorpora en su comentario ejemplos gráficos tomados de los misioneros que no sólo encontraron en ellas la enseñanza que podían aplicar a las situaciones concretas que se les presentaban, sino también encontraron en esas situaciones la clave para entender y explicar el mensaje de las *Epístolas Pastorales*.

Como en todos sus libros, aquí también acerca la enseñanza y el mensaje de la Palabra de Dios a las situaciones y circunstancias de nuestro tiempo, como cuando aplica los consejos que daba Pablo a los esclavos a los muchos que trabajan ahora por cuenta ajena y a las órdenes de amos o empresarios, o cuando traslada la enseñanza acerca de la situación de la mujer en el mundo clásico y en la Iglesia Original a las circunstancias cambiantes y diversas de la mujer en las sociedades y en las iglesias actuales.

En tres áreas espero que la aportación de este libro sea de bendición abundante en nuestra lengua. La primera, en la edificación personal de los creyentes; porque Barclay no escribía sólo para los pastores o los futuros pastores, sino para todos los que quieren comprender mejor el mensaje del Evangelio, para los cristianos de a pie, normales y corrientes.

La segunda, en la formación de obreros para los diversos ministerios de las iglesias de nuestro tiempo; porque, al presentarnos los modelos bíblicos con tanta claridad, nos hace ver lo esencial que no debe cambiar con el tiempo, y nos ayuda a aplicarlo al nuestro. Y la tercera, en la fundación y organización y desarrollo de nuestras iglesias, que encontrarán en este libro abundante enseñanza acerca de la administración, los ministerios, el culto y la vida de la iglesia. Para esas tres áreas nos ofrece su jugoso y nutritivo comentario William Barclay.

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN GENERAL A LAS CARTAS DE PABLO

LAS CARTAS DE PABLO

Las cartas de Pablo son el conjunto de documentos más interesante del Nuevo Testamento; y eso, porque una carta es la forma más personal de todas las que se usan en literatura. Demetrio, uno de los antiguos críticos literarios griegos, escribió una vez: < Cada uno revela su propia alma en sus cartas. En cualquier otro género se puede discernir el carácter del escritor, pero en ninguno tan claramente como en el epistolar» (Demetrio, *Sobre el Estilo*, 227). Es precisamente porque disponemos de tantas cartas suyas por lo que nos parece que conocemos tan bien a Pablo. En ellas abrió su mente y su corazón a los que tanto amaba; en ellas aun ahora podemos percibir su gran inteligencia enfrentándose con los problemas de la Iglesia Primitiva, y sentimos su gran corazón latiendo de amor por los hombres, aun por los descarriados y equivocados.

EL ENIGMA DE LAS CARTAS

Por otra parte, muchas veces no hay nada más difícil de entender que una carta. Demetrio (*Sobre el Estilo*, 223) cita a Artemón, el editor de las cartas de Aristóteles, que decía que una carta es en realidad una de las dos partes de un diálogo, y como tal debería escribirse. En otras palabras: leer una carta es como escuchar un lado de una conversación telefónica. Por eso a veces nos es difícil entender las cartas de Pablo: porque

no tenemos la otra a la que está contestando, y no conocemos la situación a la que se refiere nada más que por lo que podemos deducir de su respuesta. Antes de intentar entender cualquiera de las cartas que escribió Pablo debemos hacer lo posible para reconstruir la situación que la originó.

LAS CARTAS ANTIGUAS

Es una lástima que las cartas de Pablo se llamen *epístolas*. Son, en el sentido más corriente, *cartas*. Una de las cosas que más luz han aportado a la interpretación del Nuevo Testamento ha sido el descubrimiento y la publicación de los *papiros*. En el mundo antiguo, *el papiro* era el antepasado del papel, y en él se escribían casi todos los documentos. Se hacía con tiras de la corteza de una planta que crecía en las orillas del Nilo. Las tiras se colocaban unas encima de otras y se abatanaban, de lo que resultaba algo parecido al papel de estraza. Las arenas del desierto de Egipto eran ideales para la conservación de los papiros, que eran de larga duración siempre que no estuvieran expuestos a la humedad. Los arqueólogos han rescatado centenares de documentos, contratos de matrimonio, acuerdos legales, fórmulas de la administración y, lo que es más interesante, cartas personales. Cuando las leemos nos damos cuenta de que siguen una estructura determinada, que también se reproduce en las cartas de Pablo. Veamos una de esas cartas antiguas, que resulta ser de un soldado que se llamaba Apión a su padre Epímaco, diciéndole que ha llegado bien a Miseno a pesar de la tormenta.

<Apión manda saludos muy cordiales a su padre y señor Epímaco. Pido sobre todo que usted se encuentre sano y bien; y que todo le vaya bien a usted, a mi hermana y su hija y a mi hermano. Doy gracias a mi Señor Serapis por conservarme la vida cuando estaba en peligro en el mar. En cuanto llegué a Miseno recibí

*del César el dinero del viaje, tres piezas de oro; y todo me va bien. Le pido, querido Padre, que me mande unas líneas, lo primero para saber cómo está, y también acerca de mis hermanos, y en tercer lugar para que bese su mano por haberme educado bien, y gracias a eso espero un ascenso pronto, si Dios quiere. Dé a Capitón mis saludos cordiales, y a mis hermanos, y a Serenilla y a mis amigos. Le mandé un retrato que me pintó Euctemón. En el ejército me llamo Antonio Máximo. Hago votos por su buena salud. Recuerdos de Sereno, el de Ágato Daimón, y de Turbo, el hijo de Galonío» (G. Milligan, *Selections from the Greek Papyri*, 36) .*

¡No **podría figurarse Apión que estaríamos leyendo** la carta que le escribió a su padre 1800 años después! Nos muestra lo poco que ha cambiado la naturaleza humana. El mozo está esperando un pronto ascenso. Era devoto del dios Serapis. Serenilla sería la chica con la que salía. Y le ha mandado a los suyos el equivalente de entonces de una foto.

Notamos que la carta tiene varias partes: (i) Un saludo. (ii) Una oración por la salud del destinatario. (iii) Una acción de gracias a un dios. (iv) El tema de la carta. (v) Finalmente, saludos para unos y recuerdos de otros. En casi todas las cartas de Pablo encontramos estas secciones, como vamos a ver:

(i) *EL saludo: Romanos 1:1; 1 Corintios 1:1; 2 Corintios 1:1; Gálatas 1:1; Efesios 1:1; Filipenses 1:1; Colosenses 1:1; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:1.*

(ii) *La oración:* en todas sus cartas Pablo pide a Dios por las personas a las que escribe: *Romanos 1:7; 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; Efesios 1:2; Filipenses 1:3; Colosenses 1:2; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:2.*

(iii) *La acción de gracias: Romanos 1:8; 1 Corintios 1:4; 2 Corintios 1:3; Efesios 1:3; Filipenses 1:3; 1 Tesalonicenses 1:3; 2 Tesalonicenses 1:3.*

(iv) *El tema de la carta:* de lo que trata cada una.

(v) *Saludos especiales y recuerdos personales: Romanos*

16; 1 Corintios 16:19; 2 Corintios 13:13; Filipenses 4:21 s; Colosenses 4:12-15; 1 Tesalonicenses 5:26.

Las cartas de Pablo siguen el modelo de todo el mundo. Deissmann dice de ellas: «Son diferentes de las otras que encontramos en las humildes hojas de papiro de Egipto, no en cuanto cartas, sino en cuanto cartas de Pablo.» No son ejercicios académicos ni tratados teológicos, sino documentos humanos escritos por un amigo a sus amigos.

LA SITUACIÓN INMEDIATA

Con unas pocas excepciones, Pablo escribió todas sus cartas para salir al paso de una situación inmediata, y no como tratados elaborados en la paz y el silencio de su despacho. Si se había producido una situación peligrosa en Corinto, Galacia, Filipos o Tesalónica, Pablo escribía una carta para solucionarla. No estaba pensando en nosotros, sino solamente en aquellos a los que escribía. Deissmann dice: «Pablo no estaba pensando en añadir unas pocas composiciones nuevas a las ya existentes epístolas judías; y menos en enriquecer la literatura sagrada de su nación... No tenía ningún presentimiento del lugar que sus palabras llegarían a ocupar en la historia universal; ni siquiera de que se conservarían en la generación siguiente, y mucho menos de que llegaría el día en que se consideraran Sagrada Escritura.» Debemos recordar siempre que una cosa no tiene por qué ser pasajera porque se escribiera para salir al paso de una situación inmediata. Todas las grandes canciones de amor del mundo se escribieron para una persona determinada, pero siguen viviendo para toda la humanidad. Precisamente porque Pablo escribió sus cartas para salir al paso de un peligro amenazador o de una necesidad perentoria es por lo que todavía laten de vida. Y es precisamente porque las necesidades y las situaciones humanas no cambian por lo que Dios nos habla por medio de ellas hoy.

LA PALABRA HABLADA

De una cosa debemos darnos cuenta en estas cartas. Pablo hacía lo que la mayoría de la gente de su tiempo: no escribía él mismo las cartas, sino se las dictaba a un amanuense, y añadía al final su firma, a veces con algunas palabras más. (Conocemos el nombre de uno de los que escribieron para Pablo: en *Romanos 16:22*, Tercio, el amanuense, introduce su propio saludo antes del final de la carta). En *1 Corintios 16:21* Pablo dice: «Esta es mi firma, mi autógrafo, para que estéis seguros de que esta carta os la mando yo.» (Ver también *Colosenses 4:18; 2 Tesalonicenses 3:17*).

Esto explica un montón de cosas. Algunas veces es difícil entender a Pablo porque sus frases no terminan nunca, la gramática se quiebra y se enreda la construcción. No debemos figurárnosle sentado tranquilamente a su mesa de despacho, puliendo cuidadosamente cada frase; sino -más bien recorriendo de un lado a otro la habitación, soltando un torrente de palabras, mientras su amanuense se daba toda la prisa que podía para no perder ni una. Cuando Pablo componía sus cartas, tenía presentes en su imaginación a las personas a las que iban destinadas, y se le salía del pecho el corazón hacia ellas en palabras que se atropellaban en su voluntad de ayudar.

INTRODUCCIÓN A LAS CARTAS A TIMOTEO Y TITO

CARTAS PERSONALES

1 y 2 Timoteo y Tito siempre se ha considerado que formaban un grupo aparte de cartas, diferentes de las otras de Pablo. La diferencia que está más a la vista es que, juntamente con la pequeña carta a *Filemón*, se les escribieron a *personas*, mientras que todas las otras cartas paulinas iban dirigidas a *iglesias*. El Canon de Muratori, que fue la primera lista oficial de los libros del Nuevo Testamento, dice que fueron escritas «por sentimiento y afecto personal.» Son cartas privadas más que públicas.

CARTAS ECLESIAÍSTICAS

Pero muy pronto se empezó a ver que, aunque estas son cartas personales y privadas, tienen un significado y una importancia muy por encima de la situación inmediata. En *1 Timoteo 3:15* se expresa su objetivo: Pablo le dice a Timoteo que le escribe «para que sepas cómo debe uno comportarse en la Casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo.» Así que llegó a verse que estas cartas no tienen solo un significado personal, sino también lo que se podría llamar un significado *eclesiástico*. El Canon de Muratori dice de ellas que, aunque son cartas personales escritas por afecto personal, «se siguen considerando como algo santo en el respeto de la Iglesia Católica y en la organización de la disciplina eclesiástica.» Tertuliano

decía que Pablo había escrito «dos cartas a Timoteo y una a Tito, acerca del estado de la Iglesia (de ecclesiastico statu). » No es pues sorprendente que el primer nombre que se les dio fuera Cartas Pontificales, es decir, escritas por el pontifex, el sacerdote, el responsable de la Iglesia.

CARTAS PASTORALES

Poco a poco llegaron a adquirir el nombre por el que se las sigue conociendo -Las Epístolas Pastorales. Escribiendo sobre 1 Timoteo, Tomás de Aquino, en 1274, decía: «Esta carta es como si dijéramos una regla pastoral que el Apóstol dirigió a Timoteo.» En su introducción a la segunda carta escribe: «En la primera carta le da instrucciones a Timoteo acerca del orden eclesiástico; en esta segunda carta trata del cuidado pastoral, que debe ser tan grande como para llegar a aceptar el martirio por causa del cuidado del rebaño.» Pero este título, Las Epístolas Pastorales, no llegó a asignárseles a estas cartas hasta el año 1726, cuando el gran investigador Paul Anton dio una serie de conferencias famosas sobre ellas bajo ese título.

Así es que estas cartas tratan del cuidado y la organización del rebaño de Dios; les dicen a los miembros cómo deben comportarse en el seno de la familia de Dios, dando instrucciones acerca de cómo ha de administrarse la casa de Dios, de qué clase de personas deben ser los responsables y los pastores de las Iglesias, y cómo hay que enfrentarse con las amenazas que ponen en peligro la fe y la vida cristiana.

EL CRECIMIENTO DE LA IGLESIA

El interés supremo de estas cartas está en que nos ofrecen, una descripción del crecimiento de la Iglesia en su primera edad. En aquellos primeros días era una isla en un mar de paganismo. Sus miembros eran la primera generación de

cristianos convertidos del paganismo. Era muy fácil recaer en las prácticas de la vieja vida. La atmósfera contaminada seguía a su alrededor. Es de lo más significativo que los misioneros nos dicen que, de todas las cartas del Nuevo Testamento, las Epístolas Pastorales son las que hablan más directamente a la situación de las iglesias jóvenes. La situación que tratan se está presentando de nuevo en la India, en África, en la China todos los días. No pierden nunca su interés, porque en ellas vemos, más que en ninguna otra parte del Nuevo Testamento, los problemas que asediaban a la Iglesia Primitiva en su crecimiento.

EL TRASFONDO ECLESIAÍSTICO DE LAS PASTORALES

Estas cartas han presentado problemas desde el principio a los investigadores del Nuevo Testamento. Hay muchos que creen que, tal como han llegado hasta nosotros, no pueden venir directamente de la mano y de la pluma de Pablo. Que esto no responde a ninguna actitud moderna se puede ver por el hecho de que Marción que, aunque era un hereje, fue el primero que trazó una lista de los libros del Nuevo Testamento y no incluyó las Pastorales entre las cartas de Pablo. Veamos qué es lo que ha hecho a tantas personas dudar de la autoría paulina.

En ellas nos encontramos con una descripción de la Iglesia como una organización considerablemente desarrollada. Tiene ancianos (1 Timoteo 5:17-19; Tito 1:5-6); obispos, superintendentes o supervisores (1 Timoteo 3:1-7; Tito 1:7-16); diáconos (1 Timoteo 3:8-13). De 1 Timoteo 5:17s deducimos que para entonces los ancianos eran responsables asalariados. Los ancianos que gobernarán bien debían ser tenidos por dignos de un doble sueldo, y se exhorta a las iglesias a recordar que el obrero es digno de su salario. Hay por lo menos el principio de una orden de viudas que llegó a ser muy importante más tarde en la Iglesia Primitiva (1 Timoteo 5:3-16). Está

claro que había una estructura eclesial bastante elaborada, demasiado elaborada argüirían algunos, para dos días tempranos en que Pablo vivió y trabajó.

LOS DÍAS DE LOS CREDOS

También se pretende que en estas cartas podemos ver surgir el tiempo de los credos. La palabra *fe*, cambia de significado: en los primeros días era siempre *fe en una Persona*; es la relación personal de amor y confianza y obediencia más íntima posible con Jesucristo. Más adelante llegó a ser *fe en un credo*; llegó a ser la aceptación de ciertas doctrinas. Se dice que en las Epístolas Pastorales podemos ver cómo se produjo ese cambio. Posteriormente se llegó a abandonar la *fe*, y a rendir pleitesía a doctrinas de demonios (1 Timoteo 4:1). Un buen siervo de Jesucristo debe nutrirse de las palabras de *la fe y la buena doctrina* (1 Timoteo 4:6). Los herejes son personas que tienen la mente corrompida, réprobos en lo tocante a *la fe* (2 Timoteo 3:8). Tito tiene la obligación de exhortar a los miembros para que sean sanos en *la fe* (Tito 1:13).

Esto aparece muy claramente en una expresión que es característica de las Pastorales. Se exhorta a Timoteo a retener «la verdad que se te ha confiado» (1 Timoteo 1:14). La palabra para lo que se te ha confiado es *parathéké*. *Parathéké* quiere decir un depósito que se le confía a un banquero o a otra persona para que lo conserve a salvo. Es esencialmente algo que hay que devolver sin que haya sufrido el más mínimo cambio. Es decir, se hace hincapié en *la ortodoxia*. En vez de ser una relación personal íntima con Jesucristo como era en los días emocionantes y palpitantes de la Iglesia Original, la fe se ha convertido en la aceptación de un credo. Hasta se mantiene que en las Pastorales tenemos ecos de los credos más antiguos:

*Dios Se ha manifestado en la carne,
ha sido justificado por el Espíritu,*

*ha sido visto por los mensajeros,
ha sido predicado a los gentiles,
ha sido creído en el mundo,
ha sido recibido arriba en la gloria (1 Timoteo 3:16).*

Esto suena al fragmento de un credo que se recita.

Acuérdate de Jesucristo, descendiente de David, resucitado de los muertos, como se predica en mi Evangelio (2 Timoteo 2:8).

Eso suena a una frase de un credo conocido.

Dentro de las Pastorales hay sin duda indicios de que el día de la insistencia en la aceptación de un credo había comenzado, y de que los días de la emoción del descubrimiento personal de Cristo estaban empezando a declinar.

UNA HEREJÍA PELIGROSA

Está claro que en la primera línea de la situación contra la que se escribieron las Epístolas Pastorales había una herejía peligrosa que amenazaba la salud de la Iglesia Cristiana. Si podemos distinguir las líneas principales de esa herejía puede que consigamos identificarla.

Se caracterizaba por un *intelectualismo especulativo*. Producía discusiones (1 Timoteo 1:4); sus adeptos proliferaban en discusiones (1 Timoteo 6:4); se discutían cuestiones necias e insensatas (2 Timoteo 2:23); había que evitar sus necias cuestiones (Tito 3:9). La palabra que se usa en cada caso para *cuestiones o discusiones* es *ekzétésis*, que quiere decir *discusión especulativa*. Esta herejía se ve que era el terreno de juego de los intelectuales, o más bien los seudointelectuales, de la iglesia. Se caracterizaba por *el orgullo*. El hereje es orgulloso, aunque en realidad no sepa nada de nada (1 Timoteo 6:4). Hay

indicaciones de que estos intelectuales se consideraban por encima de los cristianos ordinarios; de hecho, puede que hasta dijeran que la Salvación completa estaba fuera del alcance de la gente normal y corriente, y solo abierta para ellos. A veces las Epístolas Pastorales hacen hincapié en la palabra todos de una manera de lo más significativa. La gracia de Dios que trae Salvación, se ha manifestado a todos los hombres (Tito 2: 11). Es la voluntad de Dios que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad (1 Timoteo 2:4). Los intelectuales trataban de reservar las bendiciones más grandes del Evangelio para unos pocos escogidos; pero la verdadera fe subraya el amor universal de Dios.

Había en el seno de esa herejía dos tendencias opuestas. Una era la tendencia al ascetismo. Los herejes trataban de establecer leyes alimentarias especiales, olvidando que todo lo que Dios ha hecho es bueno (1 Timoteo 4: 4s). Catalogaban muchas cosas como impuras, olvidando que todas las cosas son limpias para los limpios (Tito 1:15). No es imposible que consideraran el sexo como algo inmundo, y que menospreciaran el matrimonio; y hasta que trataran de persuadir a los que ya estaban casados a separarse, porque en Tito 2:4 se hace hincapié en los deberes naturales de la vida matrimonial como vinculantes para el cristiano.

Pero esta herejía también conducía a la inmoralidad. Los herejes hasta invadían las casas particulares y se llevaban a las mujercillas débiles e insensatas por malos caminos (2 Timoteo 3:6). Profesaban conocer a Dios, pero Le negaban con sus obras (Tito 1:16). Se dedicaban a embaucar a la gente y a hacer dinero con su falsa enseñanza. Para ellos la piedad era rentable económicamente (1 Timoteo 6:5); enseñaban y engañaban por dinero (Tito 1:11).

Por una parte esta herejía conducía a un ascetismo nada cristiano; y por la otra producía una igualmente no cristiana inmoralidad.

Se caracterizaba también por palabras y mitos y genealogías. Estaba llena de charlaseudopiadosa, y de controversias

inútiles (1 Timoteo 6:20). Producía genealogías interminables, y mitos y fábulas (1 Timoteo 1:4; Tito 1:14, y 3:9).

Por lo menos de alguna manera y hasta cierto punto estaba relacionada con el legalismo judío. Entre sus adeptos estaban los de la circuncisión (Tito 1:10). Los herejes aspiraban a ser maestros de la Ley (1 Timoteo 1:7). Insistían en las fábulas judías y en los mandamientos de hombres (Tito 1:14).

Por último, estos herejes negaban la resurrección del cuerpo. Decían que cualquier resurrección que una persona hubiera de experimentar, ya había tenido lugar (2 Timoteo 2:18). Probablemente esto es una referencia a los que mantenían que la única resurrección que experimentaba el cristiano era una resurrección espiritual, cuando moría con Cristo y surgía de nuevo con Él en la experiencia del Bautismo (Romanos 6:4).

LOS PRINCIPIOS DEL GNOSTICISMO

¿Hay alguna herejía conocida que encaje en todos estos datos? Sí, y es el gnosticismo. Su idea fundamental era que la materia es esencialmente mala, y sólo el espíritu es bueno. Esa creencia básica tenía ciertas consecuencias.

Los gnósticos creían que la materia es tan eterna como Dios; y que, cuando Dios creó el mundo, tuvo que usar esta materia esencialmente mala. Eso quería decir que, para ellos, Dios no podía ser el Creador directo del mundo. A fin de poder tocar esta materia corrompida, Dios tuvo que producir una serie de emanaciones -ellos las llamaban eones- cada una de ellas más distante de Dios mismo que la anterior, hasta que por último hubo una emanación o un eón tan distante de Dios que pudo manejar la materia y crear el mundo. Entre el hombre y Dios se extendía una larga serie de emanaciones, cada una con su nombre y genealogía. Así es que el gnosticismo tenía literalmente un sinnúmero de fábulas y genealogías. Si uno había de llegar a Dios alguna vez, debía, como si dijéramos, ascender esta escala de emanaciones; para lo cual necesitaba una especie

muy especial de conocimiento que incluyera todas las consignas que le permitieran pasar de una etapa a otra. Solamente de una persona del más elevado calibre espiritual se podía esperar que adquiriera este conocimiento tan extraordinario y que supiera todas esas consignas para llegar a Dios.

Además, si la materia era totalmente mala, el cuerpo también lo era. De ahí surgían dos actitudes opuestas. O bien el cuerpo tenía que someterse al más estricto ascetismo, en el que las necesidades del cuerpo se eliminaran en la medida de lo posible, y sus instintos, especialmente el sexual, se destruyeran lo más posible; o se podía mantener que, puesto que era malo, no importaba lo que se hiciera con el cuerpo; y se les podía dar rienda suelta a sus instintos y deseos. Por tanto, los gnósticos llegaron a ser, o bien ascetas, o personas para quienes la moralidad había dejado de tener ninguna relevancia.

Todavía más, si el cuerpo era malo, estaba claro que no podía haber tal cosa como resurrección. Lo que los gnósticos esperaban no era la resurrección del cuerpo, sino su destrucción.

Todo esto encaja exactamente con la descripción que obtenemos en las Epístolas Pastorales. En el gnosticismo tenemos el intelectualismo, la arrogancia intelectual, las fábulas y las genealogías, el ascetismo y la inmoralidad, el rechazo a esperar la posibilidad de una resurrección del cuerpo, que eran partes integrantes de la herejía contra la que se escribieron las Epístolas Pastorales.

Un elemento de esa herejía no se ha podido encajar todavía en su sitio: el judaísmo y el legalismo de los que hablan las Epístolas Pastorales. También eso encuentra su lugar. Algunas veces, el gnosticismo y el judaísmo iban de la mano. Ya hemos dicho que los gnósticos insistían en que era necesario un conocimiento muy especial para ascender por la escala de los eones hasta Dios, y que algunos de ellos insistían en que para la vida buena era esencial un ascetismo estricto. Algunos judíos pretendían que eran precisamente la Ley judía y las reglas dietéticas de los judíos lo que proveía ese conocimiento

especial y ese ascetismo necesario; así que había veces que el judaísmo y el gnosticismo iban de la mano.

Está suficientemente claro que la herejía que sirve de trasfondo a las Epístolas Pastorales era el gnosticismo. Algunos han usado ese hecho para tratar de demostrar que Pablo no puede haber tenido nada que ver con estas epístolas; porque, dicen ellos, el gnosticismo no surgió hasta mucho después de Pablo. Es totalmente cierto que los grandes sistemas formales del gnosticismo conectados con nombres tales como los de Valentino y Basílides no surgieron hasta el siglo II; pero estas grandes figuras no tuvieron que hacer nada más que sistematizar lo que ya estaba allí. Las ideas básicas del gnosticismo estaban en la atmósfera que rodeaba a la Iglesia Primitiva hasta en los días de Pablo. Es fácil notar la atracción que ejercería, y también que, si se les hubiera permitido florecer sin resistencia, podrían haber convertido el Cristianismo en una filosofía especulativa y haberlo arruinado. Al enfrentarse con el gnosticismo, la Iglesia estaba arrojando uno de los peligros más graves que hayan amenazado nunca a la fe cristiana.

EL LENGUAJE DE LAS EPÍSTOLAS PASTORALES

El argumento de más peso contra la autoría paulina de las Epístolas Pastorales es un hecho que resulta muy claro en griego, pero no tanto en una traducción española. El número total de las palabras de las Epístolas Pastorales es 902, de las cuales 54 son nombres propios; y de estas 902 palabras, no menos de 306 no se encuentran en ninguna otra de las cartas de Pablo. Es decir, que más de una tercera parte de las palabras de las Epístolas Pastorales no se encuentran en las otras cartas de Pablo. De hecho, 175 palabras de las Epístolas Pastorales no aparecen en ningún otro lugar del Nuevo Testamento; aunque es justo decir que hay 50 palabras en las Epístolas Pastorales que se encuentran en las otras cartas de Pablo aunque no en ningún otro lugar del Nuevo Testamento.

Además, cuando las otras cartas de Pablo y las Epístolas Pastorales tratan el mismo asunto lo presentan de maneras diferentes, usando otras palabras y frases para expresar la misma idea.

También, muchas de las palabras favoritas de Pablo faltan en las Epístolas Pastorales. Las palabras para *Cruz (staurós)* y para *crucificar (staurún)* aparecen 27 veces en las otras cartas paulinas, pero ni una sola en las Epístolas Pastorales. *Eleuthería* y derivadas que tienen que ver con *libertad* aparecen 29 veces en las otras cartas y nunca en las Epístolas Pastorales. *Hyiós, hijo* y *hyiothesía, adopción*, aparecen 46 veces en las otras cartas de Pablo y nunca en las Epístolas Pastorales.

Además, en griego hay muchas más palabras que en español de las que llamamos *partículas y enclíticas*. Algunas veces no indican más que el tono de la voz; cualquier frase griega está unida con la anterior por una de ellas; y suelen ser intraducibles. De estas partículas y enclíticas hay 112 que usa Pablo en conjunto 932 veces y nunca en las Epístolas Pastorales.

Aquí hay indudablemente algo que hay que explicar. El vocabulario y el estilo hacen difícil aceptar que Pablo escribiera las Epístolas Pastorales en el mismo sentido que las otras cartas.

LAS ACTIVIDADES DE PABLO EN LAS PASTORALES

Pero tal vez la más clara dificultad de las Epístolas Pastorales está en que nos presentan a Pablo realizando actividades para las que no hay sitio en su vida tal como la conocemos por el *Libro de los Hechos*. Está claro que había llevado a cabo una campaña en Creta (*Tito 1: 5*). Y se propone pasar un invierno en Nicópolis, que está en Epiro (*Tito 3:12*). En la vida de Pablo tal como la conocemos no encajan esa campaña y ese invierno. Pero bien puede ser que precisamente aquí nos tropecemos con la solución del problema.

¿SALIÓ LIBRE PABLO DE SU PRISIÓN ROMANA?

Resumamos. Ya hemos visto que la organización de la Iglesia en las Epístolas Pastorales es más elaborada que en las otras cartas paulinas. Hemos visto que el énfasis en la ortodoxia suena a la segunda o tercera generación de cristianos, cuando la emoción del gran descubrimiento se va disipando, y la Iglesia lleva camino de convertirse en una institución. Ya hemos visto que se presenta a Pablo llevando a cabo una misión o misiones que no encajan en el esquema de su vida tal como lo tenemos en *Hechos*. Pero *Hechos* no aclara lo que le sucedió a Pablo en Roma. Termina diciéndonos que vivió dos años enteros en una especie de libertad vigilada, predicando el Evangelio sin dificultades (*Hechos 28:30s*). Pero no nos dice el resultado de su juicio ante el César, si Pablo salió en libertad, o fue ejecutado. Es verdad que más bien se hace suponer que terminó con su muerte; pero hay una corriente de tradición que no debemos ignorar que dice que terminó con su liberación, y que no fue hasta dos o tres años después cuando fue detenido de nuevo, y esa vez sí terminó su detención con su ejecución final hacia el año 67 d.C.

Consideremos esta cuestión, que es del mayor interés.

Primero, está claro que cuando Pablo estuvo preso en Roma no consideraba imposible quedar en libertad; de hecho, más bien parece que la esperaba. Cuando escribió a los filipenses, les dijo que les enviaba a Timoteo, y continuó: < Y confío en el Señor que yo mismo os visitaré dentro de poco > (*Filipenses 2:24*). Cuando escribió a Filemón devolviéndole al fugitivo Onésimo, dice: «Al mismo tiempo, prepárame el cuarto de los huéspedes, porque espero que por vuestras oraciones os será concedido» (*Filemón, 22*). Está claro que contaba con la posibilidad de la libertad, llegara esta o no. Segundo, recordemos el plan que le era tan querido a su corazón. Antes de ir a Jerusalén en aquel viaje en que fue arrestado escribió a la iglesia de Roma mencionándole sus planes de visitar España: «Espero veros de paso cuando vaya a España» «Iré a España

pasando por ahí» (*Romanos 15:24,28*). ¿Pudo Pablo realizar aquel proyecto? Clemente de Roma, cuando escribió a la iglesia de Corinto alrededor del año 90 d.C. dijo que Pablo había predicado el Evangelio en el Este y en el Oeste; que había enseñado a todo el mundo (es decir, el Imperio Romano) la justicia; y que llegó al extremo (*terma, el término*) del Oeste antes de su martirio. ¿Qué quiso decir Clemente con *el extremo de Occidente*? Hay muchos que defienden que no quería decir más que Roma; porque es verdad que alguien que escribiera en el Este de Asia Menor consideraría que Roma era el *límite de Occidente*. Pero Clemente estaba escribiendo en Roma; y es difícil que para nadie que estuviera en Roma *el límite del Oeste* pudiera querer decir otra cosa que España. Y parece que Clemente creía que Pablo había llegado a España.

El más grande de los historiadores de la Iglesia Primitiva fue Eusebio. En su relato de la vida de Pablo escribe: «Lucas, que escribió *Los Hechos de los Apóstoles*, acabó su historia en este punto, después de relatar que Pablo había pasado dos años enteros en algo así como libertad vigilada, y había predicado la Palabra de Dios sin restricciones. Así que después de hacer su defensa, se dice que el Apóstol fue enviado otra vez en su ministerio de predicación, y que al llegar por segunda vez a Roma sufrió el martirio» (Eusebio, *Historia Eclesiástica* 2.22.2). Eusebio no especifica nada acerca de España, pero sí conocía el detalle de que Pablo había obtenido la libertad después de su primer encarcelamiento en Roma.

El Canon de Muratori, la primera lista de libros del Nuevo Testamento que ha llegado a nosotros, describe el esquema de Lucas cuando escribió *Hechos*: «Lucas le relató a Teófilo los acontecimientos de los que había sido testigo presencial, y también en otro lugar declara evidentemente el martirio de Pedro -probablemente se refiere a *Lucas 22: 31 s-* pero omite el viaje de Pablo de Roma a España.»

En el siglo V, dos de los grandes padres de la Iglesia Cristiana estaban seguros de ese viaje. Crisóstomo dice en su sermón sobre *2 Timoteo 4:20*: «San Pablo, después de su

estancia en Roma, partió para España.» Jerónimo dice en su

Catálogo de Escritores que Pablo «fue puesto en libertad por Nerón para que pudiera predicar el Evangelio de Cristo en el Oeste.»

No hay duda de que una cierta corriente de tradición mantenía **que Pablo había llegado** a España.

Este es un asunto en el que tendremos que hacer nuestra propia decisión. La única cosa **que nos hace dudar** de la

historicidad de esa tradición es que en la misma España no hay ni ha habido nunca ninguna tradición fidedigna de que Pablo

predicara y trabajara en ella, ni relatos acerca de él, ni lugares relacionados con su nombre. Sería de lo más extraño que se hubiera olvidado totalmente el recuerdo de tal visita. Y bien podría ser que toda esta tradición acerca de la liberación de Pablo y su viaje al Oeste hubieran surgido como una deducción

natural de su intención expresa de visitar España (*Romanos 15:24,28*). La mayor parte de los investigadores del Nuevo Testamento no creen que Pablo quedara libre después de su juicio ante Nerón; el consenso general de opinión es que su única liberación le vino con la muerte.

PABLO Y LAS EPÍSTOLAS PASTORALES

Entonces, ¿qué podemos decir de la relación de Pablo con estas cartas? Si podemos aceptar la tradición de su liberación y de su vuelta a la predicación y la enseñanza, y de su muerte tan tarde como en el año 67 d.C., bien podríamos creer que proceden de su mano tal como han llegado hasta nosotros. Pero, si no aceptamos esa premisa -y la evidencia está en general en contra- ¿hemos de decir que no tienen ninguna relación con Pablo?

Debemos recordar que el mundo antiguo no consideraba estas cosas como nosotros. No le parecería mala nadie que se publicara una carta bajo el nombre de un gran maestro, si se estaba seguro de que la carta contenía lo que ese maestro.

habría dicho en las mismas circunstancias. Para el mundo antiguo era natural y digno el que un discípulo escribiera en nombre de su maestro. A nadie le habría parecido mal el que uno de los discípulos de Pablo saliera al frente de una situación nueva y amenazadora con una carta con el nombre de Pablo. El considerarlo como un plagio es malentender la mentalidad del mundo antiguo. ¿Hemos de pasarnos completamente al otro extremo, y decir que lo que pasó fue que algún discípulo suyo publicó estas cartas en nombre de Pablo años después de su muerte, y en un momento en que la Iglesia estaba mucho más organizada que durante su vida?

Tal como nosotros lo vemos, la respuesta es que no. Es increíble que algún discípulo pusiera en boca de Pablo la afirmación de ser el primero de los pecadores (*1 Timoteo 1: 15*); su tendencia habría sido subrayar la santidad de Pablo, no hablar de su pecado. Es increíble que ninguno que escribiera en nombre de Pablo le diera a Timoteo el consejo paternal de tomar un poco de vino por causa de su salud (*1 Timoteo 5:23*). La totalidad de *2 Timoteo 4* es tan personal y tan henchida de intimidad y de detalles cariñosos, que nadie sino Pablo lo hubiera podido escribir.

Entonces, ¿dónde está la solución? Bien puede ser que sucediera algo así. Es absolutamente obvio que se perdieron muchas cartas de Pablo. Aparte de sus grandes cartas públicas, debe de haber mantenido una constante correspondencia privada de la que no ha llegado hasta nosotros nada más que la pequeña *Carta a Filemón*. Bien puede ser que en días posteriores hubiera algunos fragmentos de la correspondencia de Pablo en posesión de algún maestro cristiano. Este maestro veía la iglesia de su tiempo y de Éfeso amenazada por todas partes. La amenazaba la herejía por dentro y por fuera. Tenía la amenaza de abandonar sus propios niveles elevados de pureza y verdad. La calidad de sus miembros y el nivel de sus ministros se estaban degenerando. Tenía en su posesión breves cartas de Pablo que decían exactamente las cosas que hacía falta decir, pero en el estado en que estaban, eran demasiado

cortas y fragmentarias para publicarlas. Así es que las amplió y suplementó y las hizo supremamente relevantes a la situación contemporánea y las envió por toda la Iglesia.

En las Epístolas Pastorales todavía seguimos escuchando la voz de Pablo, con su intimidad personal característica; pero creemos que la forma de las cartas se debe a algún maestro cristiano que convocó la ayuda de Pablo cuando la Iglesia de su tiempo necesitaba la dirección que solamente Pablo le podía dar.

1 TIMOTEO

EL REAL DECRETO

1 Timoteo 1:1s

Pablo, apóstol de Jesucristo por real decreto de Dios, nuestro Salvador, y de Jesucristo, nuestra esperanza, escribe esta carta a Timoteo, su auténtico hijo en la fe. Gracia, misericordia y paz te sean concedidas de nuestro Señor Jesucristo.

Nunca ha habido una persona que haya apreciado su misión tanto como Pablo. No la elevaba por orgullo, sino maravillado de que Dios le hubiera escogido para una tarea así. Dos veces en las palabras introductorias de esta carta establece la grandeza de su privilegio.

(i) Primero, se llama *apóstol de Jesucristo*. *Apóstol* es la forma española de la palabra griega *apóstolos*, del verbo *apostellein*, que quiere decir *enviar*; un *apóstolos* era *uno que era enviado*. Ya en los tiempos de Heródoto quería decir *un mensajero, un embajador*, uno que es enviado como representante de su país y de su rey. Pablo siempre se consideraba el mensajero y embajador de Cristo. Y, en verdad, esa es la tarea de todo cristiano. Es la primera obligación de todo embajador el establecer contacto entre el país al que es enviado y el país que le ha enviado. Es un enlace. Y su primera obligación es ser un enlace entre sus semejantes y Jesucristo.

(ii) Segundo, dice que es apóstol *por real decreto de Dios*. La palabra que usa es *epitagué*. Esta es la palabra que usaban los griegos para las obligaciones que le imponía a una persona

alguna ley inviolable; para el decreto que le llegaba a una persona del rey; y, sobre todo, para las instrucciones que le llegaban a uno, ya fuera directamente o mediante algún oráculo, de Dios. Por ejemplo: en una inscripción, un hombre dedica un altar a la diosa Cibele *kat'epitaguén*, de acuerdo con la orden de la diosa que, nos dice, se le había aparecido en un sueño. Pablo se consideraba un hombre que había recibido una comisión del Rey.

Si uno pudiera llegar a esa seguridad de ser enviado de Dios, tendría un nuevo esplendor en su vida. Por muy humilde que fuera su papel, estaría al servicio del Rey.

La vida ya no puede parecer aburrida si de par en par hemos abierto las ventanas y visto el ancho mundo que está esperando fuera, y con recogimiento nos hemos susurrado: -¡Se nos contrata para la empresa del gran Rey!

Es siempre un privilegio hacer aunque sea las cosas más sencillas por alguien a Quien amamos y respetamos y admiramos. El cristiano está toda la vida en el negocio del Rey.

Pablo pasa a dar a Dios y a Jesús dos grandes títulos. Habla de Dios como *nuestro Salvador*. Esta es una nueva forma de hablar. No encontramos este título de Dios en ninguna de las cartas anteriores de Pablo. Hay dos trasfondos de los que procede.

(a) Viene del trasfondo del Antiguo Testamento. Moisés acusa a Israel de que Jesurún «abandonó al Dios Que le había hecho, y menospreció a la Roca de su salvación» (*Deuteronomio 32:15*). El salmista canta del hombre que recibirá la bendición del Señor y la vindicación del *Dios de su salvación* (*Salmo 24:5*). María dice en su cántico: « ¡Engrandece, alma mía, al Señor, y regocíjate, espíritu mío, en *Dios mi Salvador!*» (*Lucas 1:46s*). Cuando Pablo llama a Dios *Salvador*, estaba volviendo a una idea que siempre había sido muy querida a Israel.

(b) Tiene un trasfondo pagano. Resulta que precisamente por este tiempo el título *sótér* estaba bastante de moda. La gente lo había usado siempre. En los días antiguos, los romanos habían llamado a su gran general Escipión «nuestra esperanza y nuestra salvación.» Pero, por este tiempo, era el título que los griegos le daban a Esculapio, el dios de la sanidad. Y era uno de los títulos que el emperador romano Nerón se había asignado. Así es que, en esta frase inicial, Pablo está tomando el título que estaba a menudo en los labios de un mundo buscador e ilusionado, y dándoselo a la única Persona a la Que pertenecía por derecho propio.

No debemos olvidar nunca que Pablo llamó a Dios *Salvador*. Es posible tener una idea equivocada de la Reconciliación. Algunas veces se habla de ella de una manera que indica que algo que Jesús hizo apaciguó la ira de Dios. La idea que dan es que Dios estaba decidido a destruirnos, y que de alguna manera Jesús consiguió transformar Su ira en amor. En ningún lugar del Nuevo Testamento se encuentra la más mínima insinuación de tal cosa. Fue porque *de tal manera amó Dios al mundo* por lo que envió a Jesús al mundo (*Juan 3:16*). Dios es *Salvador*. No debemos pensar nunca, ni predicar, ni enseñar, que Dios tuviera que ser apaciguado y persuadido a amarnos, porque todo empieza por Su amor.

LA ESPERANZA DEL MUNDO

1 Timoteo 1:ls (continuación)

Pablo usa un título que ha llegado a ser uno de los grandes títulos de Jesús -«Jesucristo, *nuestra esperanza*.» Mucho tiempo antes, el salmista se había preguntado: «¿Por qué te abates, alma mía?» Y se había respondido: « ¡Espera en Dios!» (*Salmo 43:5*). Pablo mismo habla de «Cristo en vosotros, la esperanza de gloria» (*Colosenses 1:27*). Juan habla de la perspectiva deslumbradora que aguarda al cristiano, la de ser como

Cristo; y pasa a decir: «Todo el que tiene esta esperanza en Él se purifica a sí mismo así como Él es puro» (1 Juan 3:2s).

En la Iglesia Primitiva este había de llegar a ser uno de los títulos más preciosos de Cristo. Ignacio de Antioquía, cuando iba de camino a su propia ejecución en Roma, escribe a la iglesia de Éfeso: «Tened buen ánimo en Dios el Padre y en Jesucristo nuestra común esperanza» (Ignacio de Antioquía: *A los Efesios 21:2*). Y Policarpo escribe: «Perseveremos por tanto en nuestra esperanza y en las arras de nuestra justicia que es Jesucristo» (*Epístola de Policarpo 8*).

(i) Los hombres encontraron en Cristo *la esperanza de la victoria moral y de la conquista del yo*. El mundo antiguo conocía su pecado. Epicteto había hablado anhelantemente de «nuestra debilidad en las cosas necesarias.» Séneca había dicho que «odiamos nuestros vicios y los amamos al mismo tiempo.» Y dijo también: «No nos hemos mantenido valerosamente firmes en nuestras resoluciones; a pesar de nuestra voluntad y resistencia hemos perdido nuestra inocencia. Y no es sólo que hayamos fallado en el pasado, sino que seguiremos igual hasta el final.» El poeta latino Persio escribía impactantemente: «Que los culpables vean la virtud, y lamenten haberla perdido para siempre.» También habla del «inmundo Natta, embrutecido por el vicio.» El mundo antiguo reconocía su indefensión demasiado bien; y Cristo vino, no solamente para decirle a la humanidad lo que es correcto, sino para darle el poder para vivirlo. Cristo dio a las personas que la habían perdido la esperanza de la victoria en vez de la derrota moral.

(ii) Las personas encontraron en Cristo *la esperanza de la victoria sobre las circunstancias*. El Cristianismo vino a un mundo en una edad de la más terrible inseguridad personal. Cuando el historiador latino Tácito llegó en su historia a la edad en que la Iglesia Cristiana empezó a existir escribió: «Me adentro en la historia de un período rico en desastres, entenebrecido por guerras, rasgado por sediciones; más aún, salvaje hasta en sus momentos de paz. Cuatro emperadores perecieron por la espada; hubo tres guerras civiles; hubo más guerras con

.los extranjeros, y algunas eran las dos cosas a un tiempo... Roma, desolada por incendios; sus viejos templos, quemados; el mismo Capitolio, ardiendo en llamas provocadas por manos romanas; profanación de los ritos sagrados; el adulterio, en los lugares más encumbrados; el mar, abarrotado de exiliados; las islas rocosas, inundadas de crímenes; y aun más salvaje era el frenesí en Roma: la nobleza, la riqueza, el rechazo de los cargos, su aceptación... todo era un puro crimen, y la virtud era el camino más seguro a la ruina. Las recompensas de los informadores no eran menos odiosas que sus obras. Uno encontraba su botín en el sacerdocio o en el consulado; otro, en un gobierno de provincia; otro, detrás del trono. Todo era un delirio de odio y terror; se sobornaba a los esclavos para que traicionaran a sus amos; a los libertos para que traicionaran a sus patronos; y el que no tenía enemigo, era traicionado por su amigo» (Tácito: *Historias 1,2*). Como decía Gilbert Murray, toda la edad sufría de «falta de nervio.» La gente anhelaba alguna muralla de defensa contra «el caos mundial que se les echaba encima.» Fue Cristo Quien en tales tiempos dio a las personas la fuerza para vivir, y el coraje, si era necesario, para morir. En la certidumbre de que nada en la tierra podía separarlos del amor que Dios les había mostrado en Jesucristo, los cristianos encontraron la victoria sobre los terrores de la edad.

(iii) Los hombres encontraron en Cristo *la esperanza de la victoria sobre la muerte*. Encontraron en Él al mismo tiempo la fuerza para las cosas mortales y la esperanza inmortal. (Cuando murió la madre de este vuestro traductor, mi padre, don Carlos Araujo García, de bendita memoria, escogió las tres palabras de este texto para la lápida que sería también la suya: «Jesucristo, nuestra esperanza»). Ese fue -y sigue siendo- el grito de combate de la Iglesia.

TIMOTEO, HIJO MÍO

1 Timoteo 1:1s (continuación)

Era a Timoteo a quien se dirigía esta carta, y Pablo no podía nunca hablar de él sin poner afecto en su voz.

Timoteo era natural de Listra, en la provincia de Galacia. Era una colonia romana; se daba el nombre de < La muy esplendente Colonia de Listra,> aunque en realidad era una población pequeña al final de la tierra civilizada. Su importancia radicaba en que había allí una guarnición romana acuartelada para mantener el control de las tribus salvajes de las montañas de Isauria que se encontraban más allá. Fue en su primer viaje misionero cuando Pablo y Bemabé llegaron allí (*Hechos 14:821*). Entonces no se menciona a Timoteo en el relato; pero se ha sugerido que, cuando Pablo estuvo en Listra, tal vez se alojó en la casa de Timoteo, en vista del hecho de que conocía bien la fe y la consagración de la madre de Timoteo, Eunice, y de su abuela Loida (*2 Timoteo 1:5*).

En aquella primera visita Timoteo sería muy joven, pero la fe cristiana arraigó en él, y Pablo se convirtió en su héroe. Fue en la visita de Pablo a Listra en su segundo viaje misionero cuando empezó la vida para Timoteo (*Hechos 16:1-3*). Aunque era joven, había llegado a ser una de las promesas de la iglesia cristiana de Listra. Había tal encanto y entusiasmo en el muchacho que todos los miembros de la congregación hablaban bien de él. A Pablo le pareció que era el hombre ideal para ser su ayudante. Puede ser que ya entonces tuviera el sueño de que ese muchacho fuera la persona idónea a la que podía entrenar para que le sucediera cuando su tiempo llegara a su fin.

Timoteo era hijo de un matrimonio mixto. Su madre era judía y su padre griego (*Hechos 16:1*). Pablo le circuncidó, no porque fuera un esclavo de la Ley, ni porque viera en la circuncisión ninguna virtud especial; pero sabía muy bien que si Timoteo había de trabajar entre los judíos, habría un

prejuicio inicial contra él si no estaba circuncidado; así que dio este paso como medida práctica para aumentar su utilidad como evangelista.

Desde entonces en adelante Timoteo fue el compañero constante de Pablo. Le dejó en Berea con Silas cuando él, Pablo, escapó a Atenas, y más tarde se reunió con él allí (*Hechos 17:14s. y 18:5*). Fue enviado como mensajero de Pablo a Macedonia (*Hechos 19:22*). Estaba allí cuando se hizo la colecta de las iglesias para la de Jerusalén (*Hechos 20:4*). Estaba con Pablo en Corinto cuando Pablo escribió su carta a Roma (*Romanos 16:21*). Fue a Corinto cuando hubo problemas en aquella iglesia conflictiva (*1 Corintios 4:17; 16:10*). Estaba con Pablo cuando Pablo escribió *2 Coriñtios (1:1,19)*. Fue a Timoteo a quien Pablo envió a ver cómo iban las cosas en Tesalónica, y estaba con Pablo cuando escribió su primera carta a esa iglesia (*1 Tesalonicenses 1:1; 3:2,6*). Estaba con Pablo cuando este estaba preso y escribió a Filipos, adonde Pablo tenía intención de enviarle como su representante (*Filipenses 1:1; 2:19*). Estaba con Pablo cuando escribió a la iglesia de Colosas y a Filemón (*Colosenses 1:1; Filemón 1:1*). Timoteo estaba casi constantemente al lado de Pablo, y cuando Pablo tenía una tarea difícil se la encomendaba a él.

Una y otra vez vibra con afecto la voz de Pablo cuando habla de Timoteo. Cuando le envía a aquella tristemente dividida iglesia de Corinto, escribe: «Os he enviado a Timoteo, que es mi hijo amado y fiel en el Señor» (*1 Corintios 4:17*). Cuando tiene intención de mandarle a Filipos, escribe: «Porque no tengo a ningún otro... que como hijo a padre me haya servido en el Evangelio» (*Filipenses 2:20,22*). Aquí le llama «su auténtico hijo.» La palabra que usa para *auténtico* es *gnésios*, que tiene dos sentidos: el normal de *legítimo* como opuesto a ilegítimo, y el de *genuino* como opuesto a falso.

Timoteo era el hombre en quien Pablo podía confiar y al que podía mandar adonde fuera. ¡Feliz el líder que tiene un lugarteniente semejante! Timoteo es nuestro ejemplo de cómo se debe servir. Cristo y Su Iglesia necesitan siervos así.

GRACIA, MISERICORDIA Y PAZ

1 Timoteo 1:1s (conclusión)

Pablo empezaba siempre sus cartas con una bendición (*Romanos 1:7; 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; Efesios 1:2; Filipenses 1:2; Colosenses 1:2; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:2; Filemón 3*). En todas sus otras cartas solo aparecen las palabras Gracia y Paz. Es solo en las cartas a Timoteo y Tito donde se nombra también Misericordia (*2 Timoteo 1:2; Tito 1:4*) Veamos estas tres grandes palabras.

(i) En *Gracia* hay siempre tres ideas dominantes.

(a) En griego clásico, la palabra *jaris* quiere decir gracia exterior o favor, belleza, atractivo, encanto. Corrientemente, aunque no siempre, se aplica a personas. (Los hispanohablantes tenemos la gran suerte de que nuestra palabra gracia tenga todos estos significados, y sea por tanto una traducción fiel de *jaris*). Gracia es característicamente algo atractivo y encantador.

(b) En el Nuevo Testamento siempre conlleva la idea de una generosidad a ultranza. Gracia es algo que no se gana ni se merece. Es lo contrario de una *deuda*. Pablo dice que al que se lo ha ganado no se le da su salario por gracia, sino porque se le debe (*Romanos 4:4*). Se opone también a *obras*. Pablo dice que la elección de Dios a Su pueblo no fue debida a obras que ellos hubieran hecho, sino a la gracia de Dios (*Romanos 11:6*).

(c) En el Nuevo Testamento siempre conlleva la idea de *universalidad*. Una y otra vez Pablo usa la palabra gracia en relación con la recepción de los gentiles en la familia de Dios. Da gracias a Dios por la gracia que se ha concedido a los corintios en Jesucristo (*1 Corintios 1:4*). Habla de la gracia que Dios ha otorgado a las iglesias de Macedonia (*2 Corintios 8:1*). Y de que los gálatas fueron llamados a la gracia de Cristo (*Gálatas 1:6*). La esperanza que recibieron los tesalonicenses vino por gracia (*2 Tesalonicenses 2:16*). Fue la gracia de Dios lo que hizo a Pablo apóstol de los gentiles (*1 Corintios 15:10*). Fue por la gracia de Dios por lo que trabajó él entre

los corintios (*2 Corintios 1:12*). Fue por gracia por lo que Dios le llamó y apartó desde el vientre de su madre (*Gálatas 1:15*). Es la gracia que Dios le ha concedido lo que le hace atreverse a escribir a la iglesia de Roma (*Romanos 15:15*). Para Pablo, la gran prueba de la gracia de Dios era la entrada de los gentiles en la Iglesia y su apostolado entre ellos.

La gracia es algo encantador; es algo gratuito; y es algo universal. Como F. J. Hort escribió hermosamente: «Gracia es una palabra inclusiva, que reúne en sí todo lo que se puede suponer que puede expresarse en la sonrisa del Rey celestial mirando a Su pueblo aquí abajo.»

(ii) Paz era la palabra judía normal de saludo; y en el pensamiento hebreo expresa, no simplemente la ausencia de guerra, sino «la forma más inclusiva de bienestar.» Es todo lo que contribuye al máximo bien de la persona. Es el estado del que se encuentra arropado por el amor de Dios. F. J. Hort escribe: «La paz es la antítesis de cualquier clase de conflicto o guerra o malestar, de toda enemistad exterior o inquietud interior.»

(iii) *Misericordia* es la palabra nueva en la bendición apostólica. En griego es *éleos*, y en hebreo *jésed*. «Misericordia -decía don Juan Fliedner- es tener el corazón dispuesto para con el mísero.» Cuando Pablo pedía *misericordia* sobre Timoteo estaba diciendo sencillamente: «Timoteo, que Dios sea bueno contigo.» Pero hay más que eso en esta palabra. *Jésed* se usa en los Salmos no menos de 127 veces. Una y otra vez tiene el significado de *ayuda en tiempo de necesidad*. Denota, como dice Parry, «la intervención activa de Dios para ayudar.» Y Hort la define como «la condescendencia del Altísimo para ayudar al indigente.» En el *Salmo 40:11* el salmista exclama con gozo: «¡Tu misericordia y Tu verdad me guardan siempre!» Y el *Salmo 57:3* dice: «Él enviará desde los cielos y me salvará... Dios enviará Su misericordia y Su verdad.» En el *Salmo 86:14-16* el salmista piensa en las fuerzas de los malvados desplegadas contra él, y se conforta con el pensamiento de que Dios es «grande en misericordia y

fidelidad.» Es por Su generosa misericordia por lo que Dios nos ha hecho renacer a una esperanza viva por la Resurrección de Jesucristo (1 Pedro 1:3). Los gentiles deben glorificar a Dios por esa misericordia que los ha rescatado del pecado y de la desesperación (Romanos 1 S: 9). La misericordia de Dios es Dios actuando para salvar. Bien puede ser que Pablo añadiera misericordia a sus dos palabras corrientes, gracia y paz, porque Timoteo se encontrara en una situación difícil, y necesitara en una palabra que se le dijera que el Altísimo era la ayuda de los necesitados.

ERROR Y HEREJÍA

1 Timoteo 1:3-7

Te estoy escribiendo ahora para insistir en la petición que ya te hice cuando te exhorté a que te quedaras en Efeso mientras yo iba a Macedonia para que transmitieras la advertencia a algunos de los de allí de que no enseñaran errores novedosos, ni prestaran atención a leyendas improductivas y a genealogías interminables que solo consiguen producir vanas especulaciones más bien que la edificación efectiva del pueblo de Dios que debe basarse en la fe. La instrucción que te di estaba diseñada para producir el amor que brota de un corazón puro, de la buena conciencia y de la fe firme auténtica. Pero algunas de estas personas de las que estoy hablando no han tratado nunca de encontrar el verdadero camino, y se han desviado siguiendo vanas e inútiles discusiones en su pretensión de llegar a ser maestros de la Ley, aunque no saben de lo que están hablando ni se dan cuenta del verdadero significado de las cosas sobre las que dogmatizan.

Está claro que por detrás de las Epístolas Pastorales se encuentra alguna herejía que amenazaba a la Iglesia. Desde el mismo principio será bueno tratar de ver cuál era esa herejía. Por tanto, recojamos los datos acerca de ella.

Este mismo pasaje nos coloca cara a cara con dos de sus grandes características. Trataba de *leyendas improductivas* y *genealogías interminables*. Estas dos cosas no eran peculiares de esta herejía, sino estaban profundamente enraizadas en el pensamiento del mundo antiguo.

Primero, *las leyendas improductivas*. Una de las características del mundo antiguo era que los poetas, y aun los historiadores, se deleitaban en desarrollar historias románticas y ficticias sobre la fundación de ciudades y familias. Hablaban de algún dios que había venido a la tierra y fundado la ciudad, o tomado en matrimonio a alguna joven mortal y creado una familia. El mundo antiguo estaba lleno de historias por el estilo.

Segundo, *las genealogías interminables*. El mundo antiguo tenía verdadera pasión por las genealogías. Podemos ver esto hasta en el Antiguo Testamento, con sus capítulos de nombres, y en el Nuevo Testamento con las genealogías de Jesús que se encuentran en los evangelios de Mateo y Lucas. Un hombre como Alejandro Magno hizo que le construyeran un pedigrí totalmente artificial en el que trazaba su ascendencia por una parte hasta Aquiles y Andrómaca, y por la otra hasta Perseo y Hércules.

Sería la cosa más fácil del mundo para el Cristianismo el perderse en historias interminables y fabulosas acerca de sus orígenes, y en genealogías elaboradas e imaginarias. Ese era un peligro inherente en la situación en la que se iba desarrollando el pensamiento cristiano.

Era especialmente amenazador desde dos direcciones.

Amenazaba desde la tradición *judía*. Para los judíos no había libro en el mundo que se pudiera comparar con el Antiguo Testamento. Sus investigadores se pasaban la vida estudiándolo y exponiéndolo. Muchos capítulos y secciones del Antiguo Testamento son largas genealogías; y una de las ocupaciones favoritas de los estudiosos judíos era construir una

biografía imaginaria y edificante de cada uno de los nombres de la lista; uno podía dedicarse a eso interminablemente, y puede ser que eso fuera lo que Pablo tuviera en mente. Puede que estuviera diciendo: «Cuando deberíais estar trabajando en la vida cristiana, estáis elaborando biografías y genealogías imaginarias. Estáis perdiendo el tiempo en curiosidades elegantes, cuando deberíais dedicaros a vivir íntimamente la vida cristiana.» Esta puede ser una advertencia para nosotros para que no dejemos nunca que nuestro pensamiento se pierda en especulaciones que no aprovechan.

LAS ESPECULACIONES DE LOS GRIEGOS

1 Timoteo 1:3-7 (continuación)

Pero este peligro presentaba una amenaza aun más grande desde el lado *griego*. En aquel tiempo de la Historia se estaba desarrollando una línea de pensamiento griego que llegó a conocerse como *el gnosticismo*. Lo encontramos especialmente en el trasfondo de las Epístolas Pastorales, la carta a los Colosenses y el Cuarto Evangelio.

El gnosticismo era totalmente especulativo. Empezaba con el problema del origen del pecado y del sufrimiento. Si Dios es totalmente bueno, no podía haberlos creado. Entonces, ¿cómo se introdujeron en el mundo? La respuesta gnóstica era que la creación no había sido de la nada, sino que desde toda eternidad había existido la *materia*. Creían que esta materia era esencialmente imperfecta, una cosa mala, y de esta materia fue creado el mundo.

Tan pronto como llegaron a este punto, se metieron en otro problema. Si la materia es esencialmente mala y Dios es esencialmente bueno, Dios no podía haber tocado esta materia. Así es que empezaron otra serie de especulaciones. Decían que Dios había producido una emanación, y esta a su vez otra, y la segunda una tercera, y así sucesivamente hasta que hubo una

emanación tan distante de Dios que podía manejar la materia; y que no había sido Dios, sino esa emanación la que había creado el mundo.

Y llegaban aún más lejos. Mantenían que cada emanación sucesiva conocía menos a Dios que las anteriores, hasta el punto de que llegó una etapa en la serie cuando las emanaciones Le desconocían totalmente, y más: hubo una etapa final cuando las emanaciones, no solo no conocían a Dios, sino Le eran activamente hostiles. Así es que llegaron a la idea de que el dios que había creado el mundo desconocía y era hostil al verdadero Dios. Más tarde llegaron aún más lejos identificando al Dios del Antiguo Testamento con ese dios creador, y al Dios del Nuevo Testamento con el verdadero Dios.

Además proveían a cada una de las emanaciones con una biografía completa. Así es como construyeron una mitología elaborada de dioses y emanaciones, cada una con su historia, y biografía, y genealogía. No cabe duda que el mundo antiguo se enredaba en esa clase de pensamientos; y que esto también penetró en la Iglesia. Hacía de Jesús si acaso la más grande de las emanaciones, la más próxima a Dios. Le catalogaba como el primer eslabón de la cadena interminable que iba desde Dios hasta el hombre.

Esta línea gnóstica de pensamiento tenía ciertas características que aparecen por todas partes en las Epístolas Pastorales como las de aquellos cuyas herejías amenazaban a la Iglesia y la pureza de la fe.

(i) El gnosticismo está claro que era altamente especulativo, y era por tanto intelectualmente cursi. Creía que toda esta especulación intelectual estaba muy por encima de la percepción mental de la gente corriente, y no era nada más que para unos pocos escogidos, la elite de la Iglesia. Así es que se advierte a Timoteo contra «la charla impía y las contradicciones de lo que llaman falsamente conocimiento» (*1 Timoteo 6:20*). Se le advierte contra una religiosidad de cuestiones especulativas en lugar de una fe humilde (*1 Timoteo 1:4*). Y se le advierte contra el hombre que está orgulloso de su

inteligencia, pero que realmente no sabe nada de nada, y ne hace más que inventar cuestiones y luchas de palabras (1 Timoteo 6:4). Se le dice que evite la «charla impía,» porque n® produce más que impiedad (2 Timoteo 2:16). Se le dice que evite «controversias estúpidas e insensatas» que no acaban más que en peleas (2 Timoteo 2:23). Además, las Epístolas Pastorales dejan bien claro que esta idea de una aristocracia intelectual es totalmente errónea, porque el amor de Dios es universal. Dios quiere que *todos* los hombres sean salvos, y que *todos* vengan al conocimiento de la verdad (1 Timoteo 2:4). Dios es el Salvador de *todos* los hombres, especialmente de los creyentes (1 Timoteo 4:10) La Iglesia Cristiana no debe tener nada que ver con ninguna especie de fe que se base en la especulación intelectual y que presuponga una aristocracia intelectual arrogante.

(ii) El gnosticismo investigaba la larga serie de emanaciones. Le daba a cada una de ellas una biografía y un pedigrí y una importancia relativa en la cadena entre Dios y los hombres. Estos gnósticos se interesaban por «genealogías interminables» (1 Timoteo 1:4). Les encantaban «los mitos impíos y estúpidos» acerca de las emanaciones (1 Timoteo 4:7). Apartaban los oídos de la verdad, y los aguzaban a los mitos (2 Timoteo 4:4). Traficaban en fábulas como los mitos judíos (Tito 1:14). Lo peor de todo era que pensaban en términos de dos dioses, y en Jesús como uno de una serie de mediadores entre Dios y los hombres; mientras que « no hay más que un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y los hombres, el Hombre Jesucristo» (1 Timoteo 2:5). No hay más «que un solo Rey de los siglos, inmortal, invisible; no hay más que un solo Dios (1 Timoteo 1:17). El Cristianismo tuvo que repudiar una religión que despojaba a Dios y a Jesucristo de Su unicidad.

LA ÉTICA DE LA HEREJÍA

1 Timoteo 1:3-7 (continuación)

El peligro del gnosticismo no era solamente intelectual. Tenía serias consecuencias morales y éticas. Debemos recordar que su creencia básica era que la materia era esencialmente mala, y solo el espíritu era bueno. Aquello producía dos resultados opuestos.

(i) Si la materia es esencialmente mala, el cuerpo también lo es; y hay que despreciar y humillar el cuerpo. Por tanto, el gnosticismo podía conducir a un ascetismo riguroso. Prohibía casarse, porque había que suprimir los instintos del cuerpo. Establecía severas leyes alimentarias, porque había que suprimir las necesidades del cuerpo en la medida de lo posible. Así es que las Epístolas Pastorales hablan de los que prohíben casarse y mandan abstenerse de viandas (1 Timoteo 4:3). La respuesta a esas personas es que todo lo que Dios ha creado es bueno y se ha de recibir con acción de gracias (1 Timoteo 4:4). Los gnósticos consideraban la creación una cosa mala, la obra de un dios malo; el Cristianismo considera la creación una cosa noble, el don de un Dios bueno. El cristiano vive en un mundo en el que todas las cosas son puras; el gnóstico vivía en un mundo en el que todo era inmundo (Tito 1:15).

(ii) Pero el gnosticismo podía conducir a la actitud ética totalmente opuesta. Si el cuerpo es malo, no importa lo que se haga con él. Por tanto, se le puede permitir que sacie sus apetitos. Tales cosas no tienen ninguna importancia. Por tanto, uno puede usar su cuerpo de la manera más licenciosa, porque todo es exactamente lo mismo. Así es que las Epístolas Pastorales hablan de los que descarrían a mujeres débiles hasta que están cargadas de pecado y son víctimas de toda clase de concupiscencias (2 Timoteo 3:6). Tales hombres profesan conocer a Dios, pero Le niegan con sus obras (Tito 1:16). Usaban sus creencias religiosas como licencia para la peor inmoralidad.

(iii) El gnosticismo tenía todavía otra consecuencia. El cristiano cree en la resurrección del cuerpo. Eso no es decir que se haya creído nunca que resucitamos con este cuerpo humano mortal; pero siempre se ha creído que, después de la resurrección, una persona tendría un cuerpo espiritual provisto por Dios. Pablo trata de toda esta cuestión en 1 *Corintios* 15. Los gnósticos mantenían que no hay tal cosa como la resurrección del cuerpo (2 *Timoteo* 2:18). Después de la muerte una persona sería una especie de fantasma desencarnado. La diferencia básica está en que los gnósticos esperaban la destrucción del cuerpo; los cristianos creen en su redención. Los gnósticos creían en lo que llamarían *la salvación del alma*; los cristianos creemos en la salvación de toda la persona.

Así es que por detrás de las Epístolas Pastorales se encuentran estos herejes peligrosos que dedicaban sus vidas a especulaciones intelectuales; que veían este mundo como malo, lo mismo que al dios creador; que ponían entre el mundo y Dios una serie interminable de emanaciones y dioses inferiores, y se pasaban la vida equipando a cada una de ellas con fábulas y genealogías interminables; que reducían a Jesús a la posición de un eslabón de la cadena, y Le despojaban de Su unicidad; que vivían, o en un ascetismo riguroso o en una licencia desmadrada; que negaban la resurrección del cuerpo. Las Epístolas Pastorales se escribieron para combatir esas creencias heréticas.

LA MENTALIDAD DEL HEREJE

1 Timoteo 1:3-7 (continuación)

En este pasaje tenemos una clara descripción de la mentalidad del hereje. Hay una clase de herejía en la que una persona difiere de la fe ortodoxa porque ha pensado las cosas honradamente y no puede estar de acuerdo con ella. No es que se enorgullezca de ser diferente; es diferente sencillamente

porque no lo puede evitar. Tal herejía no echa a perder el carácter de la persona; puede hasta llegar a elevarlo, porque ha pensado a fondo su fe, y no vive de una ortodoxia de segunda mano. Pero ese no es el hereje cuyo retrato se nos traza aquí. Aquí se distinguen cinco características del hereje peligroso.

(i) Lo que le mueve es el deseo de lo novedoso. Es como el que tiene que ir a la última moda, y experimentar la última novedad. Desprecia las cosas antiguas por la sencilla razón de que lo son, y desea cosas nuevas nada más que por serlo. El Cristianismo ha tenido siempre el problema de presentar la verdad antigua de una manera nueva. La verdad no cambia; pero cada edad tiene que encontrar su propia manera de presentarla. Un maestro y predicador debe hablar a su audiencia en el lenguaje que puede entender. La antigua verdad y la nueva presentación deben ir de la mano.

(ii) Exalta la mente a expensas del corazón. Su concepción de la religión es que es especulación y no experiencia. El Cristianismo no ha exigido nunca que una persona dejara de pensar por sí misma; pero sí exige que su pensamiento esté dominado por una experiencia personal de Jesucristo.

(iii) Se dedica a la discusión en lugar de a la acción. Está más interesado en la discusión rebuscada que en la edificación efectiva de la casa de la fe. Olvida que la verdad no es solamente lo que una persona acepta con la mente, sino también algo que se traduce en acción. Hace mucho se trazó una comparación entre los griegos y los judíos. A los griegos les encantaba la discusión como tal; no había nada que les gustara más que sentarse en un grupo de amigos, y entregarse a una serie de acrobacias mentales y gozar del «estímulo del paseo mental.» Pero no estaban especialmente interesados en llegar a conclusiones, ni en desarrollar un principio de *acción*. Al judío también le gustaba la discusión; pero quería llegar siempre a una decisión que exigiera *acción*. Siempre hay peligro de herejía cuando caemos en la fascinación de las palabras, y olvidamos las obras; porque las obras son la piedra de toque por la que se comprueba todo argumento.

(iv) La mueve la arrogancia y no la humildad. Mira por encima del hombro despectivamente a la gente sencilla que no puede seguir sus vuelos de especulación intelectual. Considera a los que no pueden llegar a comprender sus conclusiones como necios ignorantes. El cristiano tiene que combinar de alguna manera una certeza inamovible con una humildad amable.

(v) Es culpable de dogmatismo sin conocimiento. No sabe realmente de lo que está hablando, ni entiende realmente el significado de las cosas sobre las que dogmatiza. Lo extraño de la discusión religiosa es que todo el mundo se cree con derecho a expresar su opinión dogmáticamente. En todos los otros terrenos se exige que la persona tenga un cierto conocimiento antes de establecer una ley. Pero hay algunos que dogmatizan acerca de la Biblia y su enseñanza aunque no han tratado nunca de descubrir lo que han dicho los expertos en el lenguaje y en la historia. Bien puede ser que la causa cristiana haya sufrido más por el dogmatismo ignorante que por ninguna otra causa.

Cuando pensamos en las características de los que estaban turbando a la iglesia de Efeso podemos ver que sus descendientes siguen entre nosotros.

LA MENTALIDAD DEL PENSADOR CRISTIANO

1 Timoteo 1:3-7 (conclusión)

De la misma manera que este pasaje traza el retrato del pensador que causa problemas en la Iglesia, también lo traza del verdadero pensador cristiano. También él tiene cinco características.

(i) Su pensamiento se basa en *la fe*. La fe quiere decir tomarle a Dios la palabra. Quiere decir creer que Dios es como Jesús nos Le ha presentado. Es decir: parte de la base de que Jesucristo nos ha dado la plena revelación de Dios.

(ii) Su pensamiento está motivado por *el amor*. Lo que Pablo se propone por encima de todo es producir amor. El pensar con amor siempre nos libraré de ciertas cosas. Nos libraré de pensar *arrogantemente*. Nos libraré de pensar *despectivamente*. Nos libraré de *condenar*, ya sea aquello con lo que no estamos de acuerdo, o lo que no entendemos. Nos libraré de expresar nuestros puntos de vista de tal manera que hiram a tras personas. El amor nos libra del *pensamiento destructivo* y de *hablar destructivamente*. Pensar con amor es siempre pensar con simpatía. El que conversa con amor no trata de derrotar a sus oponentes, sino de ganárselos.

(iii) Su pensamiento procede de *un corazón puro*. La palabra que se usa aquí es significativa, *katharós*, que quería decir en un principio simplemente limpio como opuesto de sucio o *inmundo*. Más tarde llegó a tener ciertos usos de lo más sugestivos. Se usaba del grano que se había trillado y aventado y estaba limpio de polvo y paja. Se usaba de un ejército que hubiera sido purgado de todos los soldados cobardes o indisciplinados hasta tal punto que no quedaban en él más que luchadores de primera clase. Se usaba de algo que no tenía ninguna mezcla que lo empobreciera. Así pues, un corazón puro es un corazón cuyos motivos son absolutamente limpios y sin mezcla. En el corazón del pensador cristiano no existe el deseo de demostrar lo inteligente que es, ni de ganar una victoria puramente polémica, ni de demostrar la ignorancia del oponente. Su único deseo es ayudar e iluminar y guiar hacia Dios. El pensador cristiano no tiene más móvil que el amor a la verdad y a las personas.

(iv) Su pensamiento viene de *una buena conciencia*. La palabra griega para *conciencia* es *syneídésis*, que quiere decir literalmente *conocer con*. El verdadero sentido de la palabra es *conocer con uno mismo*. Tener una buena conciencia es poder mirar a la cara el conocimiento que uno no comparte con nadie más que consigo mismo, y no avergonzarse. Emerson comentaba de Séneca que decía las cosas más encantadoras, pero sin tener derecho a decirlas. El pensador cristiano es aquel

cuyos pensamientos y cuyas acciones le dan derecho a hablar -y esa es la prueba más definitiva de todas.

(v) El pensador cristiano es la persona de *fe auténtica*. La frase quiere decir literalmente *una fe en la que no hay hipocresía*. Eso quiere decir sencillamente que la gran característica del pensador cristiano es *la sinceridad*. Es sincero tanto en su deseo de encontrar la verdad como en el de comunicarla.

LOS QUE NO NECESITAN NINGUNA LEY

1 Timoteo 1:8-11

Todos sabemos que la ley es buena, siempre que se use legítimamente, sabiendo que no se ha establecido para tener a raya a las buenas personas, sino a los sin ley y a los rebeldes, a los irreverentes y pecadores, a los desvergonzados y contaminados, a los que han caído tan bajo que llegan hasta a golpear a su padre y a su madre, son asesinos, inmorales, homosexuales, traficantes de esclavos y secuestradores, mentirosos, perjuros, y todos los que son culpables de todo lo que es el reverso de la sana enseñanza, de la que está de acuerdo con el glorioso Evangelio del Dios bendito. Ese es el Evangelio que se me ha confiado.

Este pasaje empieza con un pensamiento favorito del mundo antiguo. La ley está para tener a raya a los malhechores. Una buena persona no necesita ninguna ley para controlar sus acciones que la amenace con castigos; y en un mundo de buenas personas no harían falta leyes.

El griego Antífanes decía: «El que no hace nada malo no necesita ley.» Aristóteles proclamaba que «la filosofía le permite a una persona hacer sin control externo lo que otros hacen por miedo a las leyes.» El gran obispo cristiano Ambrosio escribió: «El justo tiene la ley de su propia mente, de su propia

equidad y de su propia justicia como su principio; y por tanto no se retiene de cometer una falta por miedo al castigo, sino por regla de honor.» Los paganos y los cristianos estaban de acuerdo en considerar la verdadera bondad como algo que tiene su fuente en el corazón de la persona; como algo que no depende de las recompensas y los castigos de la ley.

Pero en una cosa diferían los paganos y los cristianos. Los paganos recordaban con añoranza una edad de oro pasada en la que todos eran buenos y no se necesitaban leyes. El poeta latino Ovidio trazó una de las descripciones más famosas de aquella edad de oro imaginaria: «Dorada fue la primera edad, en la que, sin nadie que lo impusiera, sin ninguna ley, por propia voluntad, se guardaba la fe y hacía lo recto. No existía el miedo al castigo, ni había que leer palabras amenazadoras en tablas de bronce; ninguna multitud suplicante miraba con temor el rostro del juez; sino, sin jueces, la gente vivía segura. Todavía no se había talado el pino de sus montañas nativas, y ya descendía de ellas a la llanura regada para visitar otras tierras; la gente no conocía más orillas que las propias. Ni tampoco había ciudades ceñidas con fosos profundos; no había trompetas de alarma, ni cornetines de bronce, ni espadas, ni cascos. No había necesidad en absoluto de gente armada, porque las naciones, libres de las alarmas de la guerra, pasaban los años en benigna paz.» (*Metamorfosis 1:90-112*). El historiador romano Tácito nos deja la misma descripción: «En los primeros tiempos, cuando las personas todavía no tenían malas pasiones, vivían vidas inocentes, intachables, sin castigos ni limitaciones. Guiados por su propia naturaleza para proponerse solamente fines virtuosos, no requerían recompensas; y, como no deseaban nada contrario al derecho, no había necesidad de penas ni castigos.» El mundo antiguo añoraba los remotos días ideales. Pero la fe cristiana no mira hacia atrás a una supuesta edad de oro pasada; mira hacia adelante, al día en que la única ley será el amor de Cristo en cada corazón; porque el día de la ley no podrá terminar hasta que amanezca el día del amor.

No tiene por qué haber más que un factor controlador en la vida de cada uno de nosotros. Nuestra bondad debe venir, no del miedo a la ley, ni siquiera del miedo del juicio, sino del temor de defraudar el amor de Cristo, y de entristecer el corazón paternal de Dios. La dinámica del cristiano viene del hecho de que sabe que el pecado es, no solamente quebrantar la Ley de Dios, sino también quebrantar Su corazón. No es la Ley de Dios, sino el amor de Dios lo que nos constriñe.

A LOS QUE CONDENA LA LEY

1 Timoteo 1:8-11 (continuación)

En un Estado ideal, cuando viniera el Reino, no habría necesidad de ninguna ley que no fuera el amor de Dios dentro del corazón humano; pero, según están las cosas, el caso es muy diferente. Y aquí Pablo traza un catálogo de pecados que la ley debe controlar y condenar. El interés del pasaje está en que nos presenta el trasfondo que había cuando la Iglesia Cristiana empezó a crecer. Esta lista de pecados es de hecho una descripción del mundo en que vivían y se movían los primeros cristianos. Esto nos muestra claramente que la Iglesia Cristiana era una isleta de pureza en un mundo vicioso. Hablamos a veces de lo difícil que es ser cristiano en la civilización moderna; no tenemos más que leer un pasaje como este para ver lo infinitamente más difícil que tiene que haber sido en las circunstancias en que la Iglesia empezó su andadura. Tomemos esta terrible lista, y veamos cada una de sus entradas.

Están *los sin ley (anomoí)*. Son los que conocen perfectamente las leyes del bien y el mal, y las quebrantan con los ojos abiertos. No se puede culpar a una persona por quebrantar una ley que no sabe que existe; pero los *sin ley* son los que violan deliberadamente las leyes con el fin de satisfacer sus propios deseos y ambiciones.

Están *los rebeldes (anypotaktói)*. Son los insubordinados que viven fuera del orden, que se niegan a obedecer cualquier autoridad. Son como soldados que se amotinan para desobedecer la voz de mando. Son, o demasiado orgullosos o demasiado indisciplinados para aceptar ningún control.

Están *los irreverentes (asebeis)*. *Asebés* es una palabra terrible. No describe ni la indiferencia ni la caída en pecado, sino «la irreligiosidad positiva y activa,» el espíritu que niega desahortadamente a Dios lo que Le pertenece. Describe a la naturaleza humana «en guerra con Dios.»

Están *los pecadores (hamartóloi)*. En su uso más corriente esta palabra describe un carácter. Se puede usar, por ejemplo, de un esclavo que tiene un carácter negligente e inútil. Describe a la persona que ha dejado de tener principios éticos.

Están *los impíos (anosíoi)*. *Hosios* (singular) es una palabra noble. Describe, como dice Trench, «las ordenanzas duraderas del derecho, que no ha constituido ninguna ley o costumbre humana, porque son previas a toda ley y costumbre.» Las cosas que son *hosios* son parte de la constitución misma del universo, las santidades perdurables. Los griegos, por ejemplo, declaraban sobrecogidos que la costumbre egipcia según la cual un hermano podía casarse con su hermana, y la costumbre de los persas según la cual un hijo podía casarse con su madre, eran *anosia*, totalmente *impías*. La persona que es *anosios* es peor que la que quebranta la ley. Es la persona que viola las últimas decencias de la vida.

Están *los corrompidos (bebéloi)*. *Bébélos* (singular) es una palabra fea con una historia curiosa. Originalmente quería decir simplemente *lo que se puede pisotear*, en contraposición a lo que está consagrado a un dios, y es por tanto inviolable. De ahí pasó a significar *profano* en oposición a *sagrado*, y de ahí la persona que profana las cosas sagradas, que profana el día de Dios, desobedece Sus leyes y menosprecia Su culto. La persona que es *bebélos* contamina todo lo que toca.

Están *los que golpean y hasta matan a sus padres (patralóai y métralóai)*. Bajo la ley romana, a un hijo que golpeara a sus

padres se le condenaba a la pena de muerte. Las palabras describen a hijos o hijas que han perdido la gratitud, el respeto y la vergüenza. Y se debe recordar que el más cruel de los golpes no es el que se da en el cuerpo, sino el que se dirige al corazón.

Están los *asesinos (androfonoí)*, literalmente los *que matan a hombres*. Pablo está pensando en los Diez Mandamientos, y ve la manera de quebrantarlos que caracteriza al mundo pagano. No debemos pensar que por lo menos esto no tiene nada que ver con nosotros, porque Jesús amplió el mandamiento hasta incluir, no solamente el acto del asesinato, sino también el sentimiento de ira contra un semejante.

Están los *fornicarios y los homosexuales (pornoí y arsenokoítai)*. Nos es difícil darnos cuenta del estado del mundo antiguo en cuestiones de moralidad sexual. Estaba resquebrajado por el vicio contra naturaleza. Una de las cosas más sorprendentes era la relación entre la inmoralidad y la religión. El templo de Afrodita, la diosa del amor, en Corinto tenía adscritas a mil sacerdotisas que eran en realidad prostitutas sagradas, y que por las tardes bajaban a las calles de la ciudad para realizar su comercio. Se dice que Solón fue el primer legislador de Atenas que legalizó la prostitución, y que con las ganancias de los burdeles públicos edificó un templo nuevo a Afrodita, la diosa del amor.

E. F. Brown fue misionero en la India, y en su comentario a las Epístolas Pastorales cita una sección extraordinaria del código penal de la India. Una sección de ese código prohibía representaciones obscenas, y a continuación decía: «Esta sección no incluye cualquier representación o escultura, grabado, pintura o representación de cualquier tipo que se encuentre en cualquier templo, o cualquier coche usado para transportar las imágenes, o que se guarde y se use para cualquier propósito religioso.» Es algo extraordinario que en las religiones no cristianas una y otra vez la inmoralidad y la obscenidad florecen bajo la protección de la misma religión. Se ha dicho a menudo, y con verdad, que la castidad fue la única virtud

completamente nueva que aportó el Cristianismo. No era nada fácil en los primeros días de la Iglesia esforzarse para vivir de acuerdo con la ética cristiana en un mundo así.

Están los *andrapodístai*. Esta palabra puede querer decir, *o traficantes de esclavos o secuestradores de esclavos*. Posiblemente aquí se incluyen los dos sentidos. Es verdad que la esclavitud era una parte integrante de la vida del mundo antiguo. Es verdad que Aristóteles declaraba que la civilización estaba fundada sobre la esclavitud, que ciertos hombres y mujeres no existían nada más que para llevar a cabo las tareas serviles de la vida para la conveniencia de las clases cultas. Pero hasta en el mundo antiguo se levantaron voces contra la esclavitud. Filón habló de los traficantes de esclavos como los que «despojan a las personas de su más preciosa posesión: su libertad.»

Pero esto se refiere más probablemente a los secuestradores de esclavos. Los esclavos eran una propiedad valiosa. Un esclavo ordinario que no tuviera dones especiales contaba de 30 a 40 dólares -para usar un equivalente actual, aunque debe recordarse que el poder adquisitivo del dinero era muy superior al actual. Un esclavo especialmente dotado podría costar tres o cuatro veces más. Los jóvenes hermosos estaban en especial demanda como pajes y camareros, y costaban hasta 1,500 ó 2,000 dólares. Marco Aurelio se dice que pagó 4,000 dólares por dos jóvenes que parecían gemelos. En los días en que Roma estaba especialmente ansiosa por aprender de Grecia y los esclavos instruidos en literatura y música y artes griegas eran especialmente valiosos, un cierto Lutatius Dafnis se vendió por 7,000 dólares. El resultado era que frecuentemente a los esclavos valiosos, o bien se los engatusaba para que dejaran a sus dueños, o los secuestraban. El secuestro de esclavos especialmente hermosos o dotados era una característica corriente de la vida antigua.

Por último estaban los *mentirosos (pseústai)* y los *perjuros (epiorkoi)*, hombres que no dudaban en tergiversar la verdad para obtener fines deshonestos.

Aquí tenemos una descripción gráfica del ambiente en que creció la Iglesia antigua. De una infección así buscaba proteger a los cristianos a su cargo el autor de las Epístolas Pastorales.

LA PALABRA PURIFICADORA

1 Timoteo 1:8-11 (conclusión)

A este mundo vino el mensaje cristiano, y este pasaje nos dice cuatro cosas acerca de él.

(i) Es doctrina *sana*. La palabra que se usa para *sana* (*hyguainein*) quiere decir literalmente *portadora de salud*; El Cristianismo es una religión ética. Exige de la persona, no solamente la observancia de ciertas leyes rituales, sino vivir de acuerdo con la fe. E. F. Brown traza una comparación entre el Cristianismo y el Islam. Puede que se considere a un musulmán un hombre muy santo si observa ciertas ceremonias rituales, aunque su vida moral esté muy por debajo. Cita a un escritor marroquí: < La gran mancha en el credo del Islam es que el precepto y la práctica no se espera que vayan juntos, excepto en lo que se refiere al ritual, así que uno puede ser notoriamente malvado, y sin embargo estimado como religioso, buscándose su bendición como la de alguien que tiene influencia con Dios, sin el más ligero sentimiento de incongruencia. La situación real me la presentó claramente un moro de Fez que me advirtió: «¿Quieres saber en qué consiste nuestra religión? Nosotros nos purificamos con agua mientras programamos adulterio; vamos a rezar a la mezquita mientras pensamos en la mejor manera de engañar a nuestro vecino; damos limosnas a la puerta y volvemos a nuestra tienda a robar; leemos nuestro Corán, y salimos a cometer pecados innumerables; ayunamos, y vamos de peregrinación, y sin embargo engañamos y matamos.»» Se ha de recordar siempre que el Cristianismo no significa la observancia de un ritual, ni siquiera si ese ritual consiste en la lectura de la Biblia y la

asistencia a la iglesia; quiere decir vivir una vida buena. El Cristianismo, si es real, es portador de salud; es el único antiséptico moral que puede limpiar la vida.

(ii) Es un *Evangelio glorioso*; es decir, es una *buena noticia gloriosa*. Es la buena noticia del perdón de los pecados pasados y del poder para conquistar el pecado en los días por venir; la buena noticia de la misericordia de Dios, de la purificación de la gracia de Dios.

(iii) Es la buena noticia *que viene de Dios*. El Evangelio cristiano no es un descubrimiento hecho por el hombre, sino algo revelado por Dios. No ofrece solo una ayuda humana; ofrece el poder de Dios.

(iv) Esa buena noticia *viene por medio de personas*. Le fue confiado a Pablo el llevarse a otros. Dios hace Su ofrecimiento, y necesita mensajeros. El verdadero cristiano es la persona que ha aceptado el ofrecimiento de Dios, y se ha dado cuenta de que no puede guardarse tan buena noticia para él solo, sino que debe compartirla con otros que todavía no la han recibido.

SALVADOS PARA SERVIR

1 Timoteo 1:12-17

Doy gracias a Jesucristo, nuestro Señor, que me ha llenado de Su poder. Que ha demostrado que cree que puede confiar en mí al nombrarme para Su servicio, aunque yo fui antes blasfemo, perseguidor y hombre de violencia insolente y brutal. Pero El tuvo misericordia de mí, porque fue por ignorancia por lo que actué de esa manera en los días de mi incredulidad. Pero la gracia de nuestro Señor se elevó por encima de mi pecado, y yo la encontré en la fe y el amor de aquellos que viven sus vidas en Jesucristo. Este es un dicho del que nos podemos fiar y que estamos totalmente obligados a

aceptar: Que Jesucristo vino al mundo para salvar pecadores, de los cuales yo soy el primero. Por eso fui yo recibido con misericordia, para que Jesucristo pudiera desplegar en mi toda su paciencia, para que yo pudiera ser el primer boceto de los que algún día llegarían a creer en Él, para que ellos puedan encontrar la vida eterna. Al Rey, eterno, inmortal, invisible, al Dios único, sea honor y gloria por siempre jamás. Amén.

Este pasaje empieza con un himno de acción de gracias. Había cuatro cosas tremendas por las que Pablo quería dar gracias a Jesucristo.

(i) Le daba gracias porque *le había escogido*. Pablo no había tenido nunca la impresión de que había sido él el que había escogido a Cristo, sino siempre que había sido Cristo Quien le había escogido a él. Fue como si, cuando iba lanzado hacia su propia destrucción, Jesucristo le hubiera puesto la mano en el hombro y le hubiera arrestado. Fue como si, cuando él estaba empeñado en tirar su vida por la borda, Jesucristo le hubiera devuelto a la sensatez de pronto. En los días de la guerra conocía un piloto polaco. Había coleccionado más escapadas de la muerte y de cosas peores por los pelos en unos pocos años de los que la mayoría de los hombres experimentan en toda una vida. Algunas veces contaba la historia de su escapada de la Europa ocupada, de tirarse en paracaídas, de ser rescatado del mar y al final de su odisea alucinante siempre acababa diciendo con un gesto de admiración en sus ojos: « ¡Y ahora soy un hombre de Dios!» Ese era el sentimiento de Pablo, era un hombre de Cristo, porque Cristo le había escogido.

(ii) Daba gracias a Jesucristo porque *había confiado en él*. Era para Pablo una cosa alucinante el que se le hubiera escogido a él, siendo el superperseguidor, para ser misionero de Cristo. No era solamente que Jesucristo le hubiera perdonado; era que Jesucristo había puesto Su confianza en él. Algunas veces perdonamos a una persona que ha cometido alguna

equivocación o que ha sido culpable de algún pecado pero dejamos bien claro que por su pasado es imposible confiar en ella otra vez para asignarle ninguna responsabilidad. Pero Cristo, no solo había perdonado a Pablo, sino le había confiado un trabajo en el que El tenía mucho interés. El que había sido perseguidor de Cristo fue hecho embajador de Cristo.

(iii) Le daba gracias porque *le había nombrado*. Debemos tener cuidado de fijarnos en para qué sentía Pablo que se le había nombrado. Se le había nombrado para *servir*. Pablo no creyó nunca que se le había elegido para un honor, o para un puesto de autoridad en la Iglesia. Había sido salvado para servir. Plutarco cuenta que, cuando un espartano obtenía una victoria en los juegos, su recompensa era el poder estar al lado del rey en la guerra. A un luchador espartano en los juegos olímpicos le ofrecieron un soborno muy considerable para que se retirara de la contienda, pero él se negó. Finalmente, después de un esfuerzo imponente, obtuvo la victoria. Alguien le dijo: «Bien, espartano, ¿qué has ganado con la costosa victoria que has obtenido?» Él contestó: « He ganado el privilegio de estar delante de mi rey en el campo de batalla.» Su recompensa era servir a su rey y, si llegaba la ocasión, morir por él. Fue para el servicio, no para el honor, para lo que Pablo sabía que había sido elegido.

(iv) Le daba las gracias porque *le había dotado de poder*. Pablo había descubierto y experimentado que Jesucristo nunca le da a una persona una tarea sin darle también el poder para realizarla. Pablo no habría dicho nunca: « ¡Fijaos en lo que he hecho!,» sino siempre: «¡Mirad lo que Jesucristo me ha capacitado para hacer!» No hay nadie que sea suficientemente bueno, o fuerte, o puro, o sabio, para ser siervo de Cristo; pero, si se entrega a Cristo, irá, no en su propia fuerza, sino en la fuerza de su Señor.

MEDIOS PARA LA CONVERSIÓN

1 Timoteo 1:12-17 (continuación)

Hay otras dos cosas interesantes en este pasaje.

Resalta el trasfondo judío de Pablo. Dice Pablo que Jesucristo había tenido misericordia de él porque él había cometido sus pecados contra Cristo y Su Iglesia en los días de su ignorancia. A menudo se piensa que los judíos creían que el sacrificio expiaba el pecado: uno pecaba, su pecado quebrantaba su relación con Dios, y entonces el sacrificio se ofrecía y Dios se apaciguaba y se restauraba la relación.

Puede que fuera esa la opinión popular y vulgar del sacrificio; pero el pensamiento judío más elevado insistía en dos cosas. Primera, insistía en que el sacrificio no podía nunca expiar por el pecado deliberado, sino solamente por los pecados que uno cometiera por ignorancia o arrastrado por la pasión. La segunda, el pensamiento judío más elevado insistía en que ningún sacrificio podía expiar por ningún pecado a menos que hubiera contrición en la persona que lo ofrecía. Aquí Pablo está hablando desde su trasfondo judío. La misericordia de Cristo le había quebrantado el corazón; sus pecados los había cometido en los días antes de conocer a Cristo y Su amor; y por estas razones tenía la convicción de que había alcanzado misericordia.

Hay un asunto todavía más interesante, que señala E. F. Brown. El versículo 14 es difícil. En la versión Reina-Valera dice: «La gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús.» La primera parte no es difícil: quiere decir sencillamente que la gracia de Dios se elevó por encima del pecado de Pablo, cubriéndolo. Pero, ¿qué es lo que quiere decir exactamente «con la fe y el amor que es en Cristo Jesús»? E. F. Brown sugiere que es que la obra de la gracia de Cristo en el corazón de Pablo fue ayudada por la fe y el amor que él encontró en los miembros de la Iglesia Cristiana, cosas como la simpatía y la comprensión y la ama-

bilidad que le mostraron hombres como Ananías, que le devolvió la vista y le llamó < hermano » (*Hechos 9:10-19*), y Bernabé, que se puso a su lado cuando el resto de la Iglesia le miraba con fría, y razonable, sospecha (*Hechos 9:26-28*). Esta es una idea muy preciosa; y, si es correcta, podemos ver que hay tres factores que cooperan en la conversión de cualquier persona.

(i) Primero, está Dios. Fue la oración de Jeremías: «Haz que nos convirtamos a Ti, Señor, y nos convertiremos» (*Lamentaciones 5:21*). Como decía Agustín, no habríamos nunca empezado a buscar a Dios si no fuera porque Él ya nos había encontrado. El Primer Motor es siempre Dios; por detrás del primer deseo de bondad que podamos sentir nosotros, está Su amor buscándonos.

(ii) Está la propia persona. La Versión Autorizada inglesa traduce *Mateo 18:3* totalmente en pasiva: «Except ye be converted and become as little children, ye will never enter the kingdom of heaven» que podríamos traducir: « A menos que se os convierta y se os vuelva como niñitos, nunca entraréis en el reino del cielo.» En las versiones españolas se usa la forma reflexiva, más idiomática en nuestra lengua: « Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino del Cielo.» Debe haber una respuesta humana a la invitación divina. Dios le da a cada uno libre albedrío, que puede usar para aceptar o para rechazar Su ofrecimiento.

(iii) Está la intervención de alguna persona cristiana. Pablo estaba convencido de que había sido enviado para abrirles los ojos a los gentiles, para que se volvieran de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios, para que recibieran el perdón de sus pecados (*Hechos 26:18*). Y Santiago creía que cualquier persona que convierta al pecador del error de su camino «salvará un alma de la muerte y cubrirá una multitud de pecados» (*Santiago 5:19s*). Así que se nos impone una doble obligación. Se ha dicho que un santo es alguien que hace a otros más fácil creer en Dios, y alguien en quien Cristo vive otra vez. Debemos dar gracias por los que nos mostraron a Cristo, cuyas

palabras y ejemplo nos trajeron a Él; y debemos esforzarnos para ser la influencia que traiga a otros a Él.

En esta cuestión de la conversión, se combinan la iniciativa de Dios, la respuesta de la persona, y la influencia de los cristianos.

LA VERGÜENZA INOLVIDABLE Y LA INSPIRACIÓN CONSTANTE

1 Timoteo 1:12-17 (conclusión)

Lo que resalta en este pasaje es la insistencia con que Pablo recuerda su propio pecado. Se remonta con un verdadero clímax de palabras para demostrar lo que él le hizo a Cristo y a la Iglesia. El *insultó* a la Iglesia; les había dirigido palabras ardientes y airadas a los cristianos, acusándolos de crímenes contra Dios; había sido *perseguidor*; había echado mano de todos los medios a su alcance bajo la ley judía para aniquilar la Iglesia Cristiana; y entonces viene una terrible palabra: había sido un *hombre de violencia insolente y brutal*. En griego usa la palabra *hybristés*, que indica una clase de sadismo arrogante, y describe a un hombre que se dedica a infligir dolor por el simple placer de infligirlo. El nombre abstracto correspondiente es *hybris*, que Aristóteles definía: «*Xybris* quiere decir hacer daño y afligir a las personas de tal manera que se apila vergüenza sobre el que es herido y afrentado, sin que la persona que inflige el daño y la injuria gane nada más de lo que ya posea, sino que lo haga por el placer que encuentra en su propia crueldad y en el sufrimiento ajeno.»

Así había sido Pablo en relación con la Iglesia Cristiana. No contento con palabras de insulto, llegó al límite de la persecución legal; y no contento con la persecución legal, llegó al límite de la brutalidad sádica en su intención de erradicar la fe cristiana. Recordaba aquello; y hasta el fin de su vida se consideraba el primero de los pecadores. No es que *había sido*

el primero de los pecadores; lo seguía siendo. Es verdad que no podía olvidar nunca que era un pecador perdonado; pero tampoco podía olvidar nunca que era un pecador. ¿Por qué había de recordar su pecado tan vivamente?

(i) El recuerdo de su pecado era la manera más segura de guardarse del orgullo. No podía haber tal cosa como orgullo espiritual para un hombre que había hecho las cosas que había hecho Pablo. John Newton fue uno de los grandes predicadores y autores de himnos de la Iglesia; había caído en lo más bajo a que puede llegar un hombre en los días que navegaba los mares en un barco de tráfico de esclavos. Así es que, cuando se convirtió y llegó a ser predicador del Evangelio escribió un texto en letras grandes, y lo colocó en la parte de su despacho donde no podía por menos de verlo: «Te acordarás de que fuiste siervo en la tierra de Egipto, y que el Señor tu Dios te rescató» (*Deuteronomio 15:15*). Y él también escribió su propio epitafio: «John Newton, empleado, antaño infiel y libertino, traficante de esclavos en Africa, fue por la misericordia de nuestro Señor y Salvador Jesucristo preservado, restaurado, perdonado y nombrado para predicar la Fe que tanto había tratado de destruir.» John Newton nunca olvidó que era un pecador perdonado; y tampoco Pablo. Y tampoco debemos olvidarlo nosotros. Es bueno para una persona recordar sus pecados; la libra del orgullo espiritual.

(ii) El recuerdo de su pecado era la manera más segura de mantener la llama de su gratitud. El recordar que hemos sido perdonados es la manera más segura de mantener vivo nuestro amor a Jesucristo. F. W. Boreham cita una carta que le escribió el antiguo puritano Thomas Goodwin a su hijo: «Cuando yo amenazaba con enfriarme en mi ministerio, y cuando sentía llegar el domingo por la mañana y que no tenía lleno el corazón con la maravilla de la gracia de Dios, o cuando me estaba disponiendo a administrar la Cena del Señor, ¿sabes lo que solía hacer? Solía darme un repaso arriba y abajo por todos los pecados de mi vida pasada, y siempre volvía con el corazón contrito y humillado, dispuesto a predicar como se

predicaba antes, el perdón de los pecados.» «No creo -leía que he subido nunca las escaleras del púlpito sin detenerme un momento al pie de ellas y darme un repaso por los pecados de mis años pasados. No creo que he preparado nunca un sermón sin darme una vuelta alrededor de mi mesa de despacho mirando atrás a los pecados de mi juventud y de toda mi vida hasta el presente; y muchas mañanas de domingo, cuando estaba con el alma fría y seca por falta de oración durante la semana, volvía a dar un repaso a mi vida pasada antes de entrar en el púlpito, quebrantaba mi duro corazón y me aplicaba el Evangelio a mi propia alma antes de empezar a predicar.» Cuando recordamos como hemos herido a Dios y a los que nos aman y a nuestros semejantes, y cuando recordamos cómo nos han perdonado Dios y los hombres, ese recuerdo debe despertar la llama de la gratitud en nuestros propios corazones.

(iii) El recuerdo de su pecado era un acicate constante para realizar un mayor esfuerzo. Es absolutamente cierto que un hombre no puede ganar nunca la aprobación de Dios, o merecer Su amor; pero es igualmente cierto que no puede nunca dejar de tratar de hacer algo para mostrar hasta qué punto aprecia el amor y la misericordia que le han hecho lo que es. Siempre que amamos a una persona no podemos evitar el tratar siempre de demostrar nuestro amor. Cuando recordamos cuánto nos ama Dios, y lo poco que lo merecemos, cuando recordamos que fue por nosotros por lo que Jesucristo pendió de la Cruz y murió en el Calvario debe impulsarnos a un esfuerzo que Le diga a Dios que nos damos cuenta de lo que ha hecho por nosotros, y que Le muestre a Jesucristo que Su Sacrificio no fue en vano.

(iv) El recuerdo de su pecado no podía por menos de ser un aliento constante para otros. Pablo usa una imagen plástica. Dice que lo que le sucedió a él era una especie de boceto de lo que les iba a suceder a los que aceptaran a Cristo en los días por venir. La palabra que usa es *hypotyposis*, que quiere decir un croquis, bosquejo, esquema, esbozo, apunte, proyecto. Es

como si Pablo dijera: « ¡Fijaos en lo que Cristo ha hecho por mí! Si uno como yo se puede salvar, hay esperanza para todo el mundo.» Supongamos que un hombre está sumamente grave, y tiene que someterse a una operación peligrosa; sería el máximo ánimo que se le pudiera dar si hablara con alguien que había pasado aquella operación y había quedado totalmente curado. Pablo no ocultaba tímidamente su pasado; se lo presentaba claramente a otros para que tuvieran coraje y se llenaran de esperanza de que la gracia que le había cambiado a él podía cambiarlos igualmente a ellos.

El gran-corazón de El *Peregrino* les decía a los chicos: «Tenéis que saber que el Prado del Olvido es el lugar más peligroso de todos estos parajes.» El pecado de Pablo era algo que él se negaba a olvidar; porque cada vez que recordaba la grandeza de su pecado recordaba la aún mayor grandeza de Jesucristo. No era que estuviera obsesionado de una manera enfermiza con su pecado; era que lo recordaba para regocijarse en la maravilla de la gracia de Jesucristo.

EL ALISTAMIENTO IRRENUNCIABLE

1 Timoteo 1:18-20

Te encargo esta responsabilidad, joven Timoteo, porque es la consecuencia natural de los mensajes que recibieron de Dios los profetas, y que te marcaron como el hombre preciso para esta tarea; para que, obedeciendo a estos mensajes, peles una buena campaña, manteniendo todo el tiempo la fe y la buena conciencia, porque hay algunos que, en lo relativo a la fe, han rechazado la dirección de la conciencia y han sufrido un naufragio. Entre ellos están Himeneo y Alejandro, a los cuales ya he entregado a Satanás para que por medio de la disciplina salgan de sus insultos a Dios y a Su Iglesia.

La primera sección de este pasaje está sumamente comprimida. Lo que se ve detrás de él es lo siguiente. Tiene que haber habido una reunión de los profetas de la Iglesia. Eran hombres a los que se notaba que eran de la confianza de Dios y que Él los admitía a Sus consejos. «Porque no hará nada el Señor Dios sin revelar Su secreto a Sus siervos los profetas.» (*Amós 3:7*). En la referida reunión se pensó sobre la situación que amenazaba a la iglesia, y se llegó a la conclusión de que Timoteo era el hombre ideal para hacerse cargo. Podemos ver a los profetas actuando exactamente de esta manera en *Hechos 13:13*. La Iglesia se encontraba ante la gran decisión de si llevar el Evangelio a los gentiles o no; y fueron los profetas los que recibieron el mensaje del Espíritu Santo: «Apartadme a Bemabé y a Saulo para el trabajo al que los he llamado» (*Hechos 13:7*). Eso había sido lo que había sucedido con Timoteo. Había sido señalado por los profetas como el hombre para hacerse cargo de la situación de la Iglesia. Bien puede haber sido que él se encogiera ante la grandeza de la tarea que se le presentaba; y en este pasaje Pablo le anima con ciertas consideraciones.

(i) Pablo le dice: «Tú eres el hombre que ha sido escogido, y no puedes rechazar la responsabilidad.» Algo así le sucedió al reformador escocés John Knox. Había estado enseñando en Saint Andrews. Se suponía que su enseñanza era privada, pero muchos acudían a él porque era obvio que era un hombre con un mensaje. Así es que le exhortaron a «que se hiciera cargo del ministerio de la predicación. El se negó en redondo, alegando que no podía meterse donde Dios no le había llamado... A lo cual ellos, después de tener una consulta privada con sir David Lindsay of the Mount, concluyeron que debían encargar al dicho John, y públicamente por boca de su predicador.»

Así que llegó el domingo, y Knox estaba en la iglesia, y John Rough estaba predicando. «El dicho John Rough, el predicador, dirigió sus palabras al dicho John Knox diciéndole: "Hermano, no te debes dar por ofendido de que yo te diga lo

.que me han encargado todos los que están aquí presentes, que es lo siguiente: En nombre de Dios, y de Su Hijo Jesucristo, y en el nombre de estos que en el momento presente te llaman por mi boca, te exhorto que no rehúses esta santa vocación, sino... que asumas la responsabilidad pública y el ministerio de la predicación, tan ciertamente como tratas de evitar la seria desaprobación de Dios y deseas que multiplique Sus gracias sobre ti." Y acabó diciendo a los que estaban presentes: "¿No fue esto lo que me encargasteis? ¿Y no aprobáis esta vocación?" Ellos respondieron: "En efecto; y nosotros lo aprobamos." A lo cual el dicho John Knox, humillado, rompió en abundantísimas lágrimas, y se retiró a su habitación. Su aspecto y comportamiento, desde aquel día hasta el día en que se vio obligado a presentarse en el lugar público de la predicación, declaraban con suficiente claridad la angustia y preocupación de su corazón; porque nadie vio la menor señal de ligereza en él, ni tampoco encontró placer en estar en compañía de nadie durante muchos días.»

John Knox fue elegido; no quería aceptar la vocación, pero tuvo que aceptar porque la elección la había hecho Dios. Años después, el regente Morton pronunció su famoso epitafio junto a la tumba de Knox: «Con respecto a cómo asumió el mensaje de Dios, porque es a Él a Quien debe atribuirse, él (aunque era débil y una criatura indigna, y un hombre tímido, no temió ante ningún hombre.» La conciencia de ser elegido le infundió el coraje que necesitaba.

Así es que Pablo le dice a Timoteo: «Tú has sido escogido; no Le puedes fallar a Dios, ni a los hombres.» A cualquiera de nosotros llega la elección de Dios; y cuando se nos convoca para un trabajo para Él, no osaremos rechazarlo.

(ii) Puede ser que Pablo estuviera diciendo a Timoteo: «Sé fiel a tu nombre.» Timoteo -la forma completa de su nombre era *Timótheos*- se compone de dos palabras griegas: *timé*, que quiere decir *honor*, y *theós*, *Dios*; así es que *Timótheos* quiere decir *el honor de Dios*. Si nos llamamos *cristianos*, del rebaño de Cristo, debemos ser fieles a ese nombre.

(iii) Por último, Pablo le dice a Timoteo: < Te encargo de esta responsabilidad.> La palabra que usa Pablo para *encargar* es *paratízeisthai*, que es la que se usa para confiar algo valioso a alguien para que lo mantenga a salvo. Se usa, por ejemplo, de hacer un depósito en un banco, o de confiar algo al cuidado de alguien. Siempre quiere decir que se le ha confiado a alguien un depósito del que luego se le pedirán cuentas. Así es que Pablo dice: < Timoteo, estoy poniendo en tus manos un depósito sagrado. Mírate muy mucho que no falles.> Dios deposita Su confianza en nosotros; deja en nuestras manos Su honor y el de Su Iglesia. Nosotros también debemos asegurarnos de no fallarle.

LANZADO A LA CAMPAÑA DE DIOS

I Timoteo 1:18-20 (continuación)

Entonces, ¿qué es lo que se le ha confiado a Timoteo? Se le ha destinado a realizar una buena campaña. La alegoría de la vida como campaña siempre ha fascinado los pensamientos de los hombres. Máximo de Tiro decía: «Dios es el general; la vida es la campaña; el hombre es el soldado.» Séneca decía: «Para mí la vida, mi querido Lucilio, es una milicia.» Cuando uno mostraba interés en convertirse en seguidor de la diosa Isis y se iniciaba en los misterios relacionados con el nombre de la diosa, la llamada que se le dirigía era: « ¡Alístate en el ejército sagrado de Isis!»

Hay tres cosas que se deben notar.

(i) No es para una batalla para lo que se nos alista; es para una campaña. La vida es una larga campaña, un servicio del que no se licencia uno; no es una lucha breve y aguda después de la cual uno puede dejar las armas y descansar en paz. Cambiando la metáfora, la vida no es un sprint; es una carrera de maratón. Ahí es donde radica su peligro. Es menester estar siempre alerta. «La vigilancia eterna es el precio de la libertad.»

Las tentaciones de la vida no cesan nunca en su búsqueda de una grieta en la armadura del cristiano. Es uno de los peligros más corrientes de la vida el proceder en una serie de espasmos. Debemos recordar que se nos alista para una campaña que se prolonga tanto como la vida.

(ii) Fue a una campaña preciosa a la que se convocó a Timoteo. Aquí tenemos de nuevo la palabra *kalós*, que gusta tanto a las Pastorales. No quiere decir solamente algo que es bueno y fuerte; quiere decir algo que es también precioso y atractivo. El soldado de Cristo no es un forzado que sirve lúgubrementemente y de mala gana. Es un voluntario que sirve con la ilusión y dedicación de un caballero andante. No es un esclavo del deber, sino un siervo de la alegría.

(iii) A Timoteo se le instruye que tome consigo dos armas como equipo. (a) Debe tomar la fe. Hasta cuando las cosas estén más negras, debe tener fe en la esencial rectitud de su causa y en el triunfo definitivo de Dios. Fue la fe lo que mantuvo firme a John Knox cuando estaba desesperado. Una vez, cuando era un galeote, su barco estaba frente a Saint Andrews. Él estaba tan débil que tuvieron que auparle para que lo viera. Le señalaron la torre de la iglesia, y le preguntaron si la conocía. < Sí -dijo-, la conozco muy bien; y estoy convencido de que, aunque ahora parezco estar más débil que nunca, no me voy a ir de este mundo hasta que mi lengua glorifique Su santo nombre en ese mismo lugar.> Escribe sus sentimientos en 1554 cuando tuvo que huir del país para escapar de la venganza de María Tudor: « No sólo los impíos, sino hasta mis hermanos fieles, sí, y hasta yo mismo, es decir todo pensamiento natural, juzgaba mi causa desesperada. La frágil carne, oprimida por el temor y el dolor, deseaba liberación, aun aborreciendo y retrayéndose de la obediencia comprometida. ¡Oh, hermanos cristianos, escribo por experiencia... Conozco las quejas lastimosas y murmuradoras de la carne; conozco la ira, la rabia y la indignación que se concibe contra Dios, invocando todas Sus promesas con dudas, y estando dispuesto en cualquier momento a apartarse irremisiblemente de Dios.

Contra lo cual permanece solamente la fe. » El soldado cristiano necesita en la hora más tenebrosa la fe que no se rinde. (b) Ha de tomar como arma defensiva *una buena conciencia*. Es decir, el soldado cristiano debe por lo menos tratar de vivir de acuerdo con su propia doctrina. La virtud se ausenta del mensaje de un hombre cuando su propia conciencia le condena cuando habla.

UNA SEVERA REPRENSIÓN

1 Timoteo 1:18-20 (conclusión) `

Este pasaje cierra con una seria reprobación a dos miembros de la iglesia, que habían injuriado a la iglesia, entristecido a Pablo y arruinado sus propias vidas. Himeneo se menciona otra vez en *2 Timoteo 2:17*; y Alejandro puede que sea el que se menciona en *2 Timoteo 4:14*. Pablo tiene tres quejas de ellos.

(i) Se habían apartado de la dirección de la conciencia. Habían dejado que sus propios deseos hablaran con voz más persuasiva que la de Dios.

(ii) Habían vuelto atrás, a prácticas malvadas. Una vez que abandonaron a Dios, la vida se les hizo sucia y baja. Cuando se echa a Dios de la vida, la belleza se va con Él.

(iii) Se habían entregado a una doctrina falsa. También esto era casi inevitable. Cuando una persona se desvía, su primer instinto es buscarse disculpas. Toma la enseñanza cristiana, y la tergiversa a su gusto para que le dé la razón. De lo correcto extrae argumentos retorcidos para justificar lo incorrecto. Encuentra argumentos en las palabras de Cristo para justificar los caminos del diablo. En cuanto una persona desobedece la voz de la conciencia, su conducta se rebaja y su pensamiento se retuerce.

Así es que Pablo pasa a decir que « se los ha entregado a Satanás. » ¿Qué quiere decir esta frase terrible? Hay tres posibilidades.

(i) Puede que esté pensando en la práctica judía de la excomunión. De acuerdo con la práctica de la sinagoga, si un hombre era un malhechor, primero se le reprendía públicamente. Si eso resultaba ineficaz, se le excluía de la sinagoga por un período de treinta días. Si aún seguía tozudamente impenitente, se le colocaba bajo excomunión, lo que le convertía en una persona maldita, separada de la sociedad humana y de la comunión con Dios. En tal caso se podía muy bien decir que se le había entregado a Satanás.

(ii) Puede que esté diciendo que los ha separado de la iglesia y dejado otra vez en el mundo. En una sociedad pagana era inevitable que se trazara una línea divisoria clara y dura entre la Iglesia y el mundo. La Iglesia era el territorio de Dios; el mundo, el de Satanás. Y el ser excluido de la Iglesia era quedar en el territorio que estaba bajo la dictadura de Satanás. La frase puede que quiera decir que estos dos que causaban problemas en la iglesia se abandonaban al mundo.

(iii) La tercera explicación es la más probable. Se consideraba a Satanás responsable del sufrimiento y del dolor humano. Un hombre de la iglesia de Corinto había sido culpable del terrible pecado de incesto. El consejo de Pablo fue que debía ser entregado a Satanás «para la destrucción de la carne, para que el espíritu pueda ser salvo en el día del Señor Jesús» (*1 Corintios 5:5*). La idea es que la Iglesia debe pedir a Dios que le recaiga a esa persona algún castigo físico, alguna enfermedad o dolor en su cuerpo, que le haga volver en sí. En el caso de Job fue Satanás el que le trajo sufrimientos físicos (*Job 2:6s*). En el Nuevo Testamento mismo tenemos la terrible consecuencia que sufrieron Ananías y Safira (*Hechos 5:5-10*), y la ceguera que le sobrevino a Elimas por oponerse al Evangelio (*Hechos 13:11*). Bien puede ser que Pablo pidiera a Dios que esos dos hombres experimentaran alguna dolorosa visitación que fuera para ellos tanto un castigo como una advertencia.

Es lo más probable, porque la esperanza de Pablo era que aquellos dos hombres no quedaran excluidos definitivamente

y destruidos, sino disciplinados y rehabilitados. Para él, como debería ser para nosotros, el castigo no era nunca vindicativo, sino una disciplina remedial; que no estaba diseñada simplemente para hacer daño, sino para curar.

LA UNIVERSALIDAD DEL EVANGELIO

1 Timoteo 2:1-7

Así pues, la primera cosa que os recomiendo encarecidamente es que ofrezcáis peticiones, oraciones, ruegos, acciones de gracias, por todos los seres humanos. Orad por los reyes y por todos los que están en autoridad, para que gocen una vida que sea tranquila y reposada y que puedan actuar con toda piedad y reverencia. Esa es la manera digna de vivir, la que cuenta con la aprobación de Dios nuestro Salvador, Que quiere que todas las personas se salven y que vengan a un conocimiento pleno de la verdad. Porque hay un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y el hombre, el Hombre Jesucristo, Que Se dio a Sí mismo en expiación por todos. Fue así como Él dio Su testimonio de Dios en Su propio tiempo propicio, un testimonio del que yo he sido nombrado heraldo y enviado (estoy diciendo la verdad, esto no es ninguna mentira), maestro de los paganos, y mi mensaje esta basado en la fe y en la verdad.

Antes de estudiar este pasaje en detalle, debemos fijarnos en una cosa que resalta de manera que no se puede por menos de notar. Pocos pasajes de Nuevo Testamento hacen un hincapié tan claro en la universalidad del Evangelio. La oración se ha de hacer por *todos* los hombres; Dios es el Salvador Que desea que *todos* los hombres se salven; Jesús dio Su vida en rescate por *todos*. Como escribe Walter Lock, «la voluntad salvífica de Dios es tan amplia como Su voluntad creadora.»

. Esta es una nota que suena una y otra vez en el Nuevo Testamento. Por medio de Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo (2 Corintios 5:18s). De tal manera amó Dios al mundo que dio a Su Hijo (Juan 3:16). Jesús tenía confianza en que, cuando fuera elevado sobre la Cruz, más tarde o más temprano atraería a todos los hombres a Sí mismo (Juan 12:32).

E. F. Brown llama a este pasaje < la carta magna de la obra misionera. » Dice que es la prueba de que todas las personas son *capax Dei*, capaces de recibir a Dios. Puede que estén perdidos, pero pueden ser encontrados; puede que sean ignorantes, pero pueden ser iluminados; puede que sean pecadores, pero pueden ser salvos. George Wishart, el precursor de John Knox, escribe en su traducción de la Primera Confesión Suiza: «El fin y el propósito de la Escritura es declarar que Dios es benevolente y amigable para con la humanidad; y que ha declarado esa amabilidad Suya en y por medio de Jesucristo, Su único Hijo; la cual amabilidad se recibe por la fe.» Por eso se deben ofrecer oraciones por todos los seres humanos. Dios quiere a todas las personas; y así, por tanto, debe querer Su Iglesia.

(i) El Evangelio incluye a los de arriba y los de abajo. Tanto el emperador en la cumbre de su poder como el esclavo en su indefensión están incluidos en el abrazo del Evangelio. Tanto el filósofo con su sabiduría como el hombre sencillo en su ignorancia necesitan la gracia y la verdad que el Evangelio les puede traer. En el Evangelio no hay diferencias de clase. El rey y el plebeyo, los ricos y los pobres, los aristócratas y los campesinos, el amo y el esclavo están todos incluidos en su abrazo ilimitado.

(ii) El Evangelio incluye a buenos y malos. Hay una extraña enfermedad que está afligiendo a la Iglesia en los tiempos modernos, que la hace insistir en que uno tiene que ser respetable antes de ser admitido, y mirar con suspicacia a los pecadores que tratan de entrar por sus puertas. Pero el Nuevo Testamento deja bien claro que la Iglesia existe, no solamente

para edificar a los buenos, sino para recibir y salvar a los pecadores.

Uno de los grandes santos de los tiempos modernos, y de todos los tiempos, fue Toyohiko Kagawa. Fue a Shinkawa adonde se dirigió para buscar hombres y mujeres para Cristo, y vivió allí en los suburbios más abandonados y asquerosos del mundo.

W. J. Smart describe la situación: «Sus vecinos eran prostitutas no inscritas, ladrones que presumían de su astucia para burlar a toda la policía de la ciudad, asesinos que estaban orgullosos no solo de su ficha de crímenes sino siempre dispuestos a añadir a su curriculum nuevos delitos. Toda la gente, ya fueran débiles o retrasados mentales o criminales, vivían en condiciones de miseria abismal, en calles resbaladizas de porquería donde las ratas salían arrastrándose de las alcantarillas abiertas para morir. El aire estaba siempre cargado de hedor. Una chica idiota que vivía en la chabola de al lado de la de Kagawa tenía pinturas viles pintadas en la espalda para seducir a los hombres a su nido. Por todas partes había cuerpos humanos pudriéndose de sífilis.» Kagawa quería a las personas así lo mismo que Jesucristo, porque El quiere a *todos los seres humanos* lo mismo buenos que malos.

(iii) El Evangelio abraza a *los cristianos y a los no cristianos*. La oración se ha de hacer por literalmente *todos los seres humanos*. Los emperadores y gobernantes por los que esta carta nos exhorta a orar no eran cristianos; eran de hecho hostiles a la Iglesia; y, sin embargo; había que presentarlos ante el trono de la gracia en las oraciones de la Iglesia. Para el verdadero cristiano no hay tal cosa como un enenlgo en todo el mundo. Nadie está fuera de sus oraciones, porque nadie está fuera del amor de Cristo ni del propósito de Dios, Que quiere que *todos los seres humanos* se salven.

EL CAMINO DE LA ORACIÓN

1 Timoteo 2:1-7 (continuación)

Aquí se agrupan cuatro palabras diferentes para la oración. Es verdad que no se deben distinguir abruptamente; pero cada una de ellas tiene algo que decirnos acerca del camino de la oración.

(i) La primera es *déesis*, que hemos traducido como *competiciones*. No es exclusivamente una palabra religiosa; se puede referir indistintamente a una petición que se hace a otra persona o a Dios; pero su idea fundamental es un sentimiento de necesidad. Nadie hace una petición a menos que se le haya despertado el deseo un sentimiento de necesidad. La oración empieza por ese sentimiento, con la convicción de que no podemos enfrentarnos con la vida solos. Ese sentimiento de debilidad humana es la base de que acudamos a Dios.

(ii) La segunda es *proseujé*, que hemos traducido por *oración*. La diferencia básica entre *déesis* y *proseujé* es que *deésis* se puede dirigir a un hombre o a Dios, pero *proseujé* nunca se usa nada más que en relación con Dios. Hay ciertas necesidades que sólo Dios puede satisfacer. Hay una fuerza que sólo Él puede dar; un perdón que sólo Él puede conceder; una certeza que Él sólo puede infundir. Bien puede ser que nuestra debilidad nos persiga porque presentamos nuestras necesidades donde no nos las pueden satisfacer.

(iii) La tercera es *énteuxis*, que hemos traducido como *ruegos*. De las tres palabras ésta es la más interesante. Tiene una historia alucinante. Es el nombre correspondiente al verbo *entyjnëin*, que originalmente quería decir *encontrarse o dar con una persona*; de ahí paso a significar *tener una conversación íntima con una persona*; luego adquirió un significado especial, el de *entrar a la presencia de un rey para someterle una petición*. Eso nos dice mucho acerca de la oración. Nos dice que el acceso a Dios está abierto para todos y que tenemos derecho a presentarle nuestras peticiones a Uno Que es

el Rey. No hay nada que sea demasiado grande o imposible para pedírselo a Tal Rey.

(iv) La cuarta es *eujaristía*, que hemos traducido como *acción de gracias*. La oración no es sólo pedirle cosas a Dios; también quiere decir darle gracias a Dios por cosas. Porque muchos de nosotros practicamos la oración como un ejercicio de quejas, cuando debería ser un ejercicio de gratitud. Epicteto, que no era un cristiano sino un filósofo estoico, decía: «¿Qué puedo hacer yo, que soy un hombrecillo viejo y cojo, sino alabar a Dios?» Tenemos derecho a presentarle nuestras necesidades a Dios; pero tenemos también el deber de presentarle nuestras acciones de gracias.

ORANDO POR LAS AUTORIDADES

1 Timoteo 2:1-7 (continuación)

Este pasaje nos manda especialmente orar por los reyes y emperadores y todos los que están en autoridad. Éste era un principio cardinal de la oración cristiana en comunidad. Los emperadores puede que fueran perseguidores, y los que estaban en autoridad podrían estar decididos a erradicar el Cristianismo; pero la Iglesia Cristiana nunca, ni siquiera en los tiempos cuando la estaban persiguiendo con el más cruel sadismo, dejó de orar por ellos.

Es extraordinario seguir el rastro por los primeros días, días de cruel persecución, cuando la Iglesia consideraba un deber absoluto el orar por el emperador, y los reyes y gobernadores a él subordinados. «Temed a Dios -dice Pedro- Honrad al emperador» (1 Pedro 2:17). Y debemos recordar que aquel emperador era nada menos que Nerón, un monstruo de crueldad. Tertuliano insiste en que los cristianos piden a Dios para el emperador «una larga vida, un dominio seguro, un hogar pacífico, un senado fiel, un pueblo íntegro y un mundo en paz» (*Apología 30*). «Pedimos por nuestros gobernantes

-escribía-, por el estado del mundo, por la paz de todas las cosas y por el aplazamiento del fin» (*Apología 39*). También escribía: «El cristiano no es enemigo de nadie, y menos del emperador; porque sabemos que, puesto que ha sido elegido por Dios, es necesario que le amemos, y reverenciamos, y honremos, y deseemos su seguridad, lo mismo que la de todo el Imperio Romano. Por tanto sacrificamos por la seguridad del emperador» (*Ad Scapulam 2*). Cipriano, escribiendo a Demetriano, habla de la Iglesia Cristiana «sacrificando y aplacando a Dios noche y día por vuestra paz y seguridad» (*Ad Demetrianum 20*). En el año 311 el emperador Galerio pidió expresamente las oraciones de los cristianos, y les prometió misericordia e indulgencia si oraban por el Estado. Taciano escribe: «¿Que el emperador nos manda dar tributo? Lo ofrecemos de buena voluntad. ¿El gobernador nos manda prestar servicio o servidumbre? Reconocemos nuestra servidumbre. Pero un hombre debe ser respetado como corresponde a un hombre, pero sólo hay que reverenciar a Dios» (*Apología 4*). Teófilo de Antioquía escribe: «El honor que yo le doy al emperador es tanto más grande, porque yo no le doy culto, sino oro por él. No adoro más que al verdadero y único Dios, porque sé que Él ha escogido al emperador... Los que le dan al emperador el verdadero honor son los que están bien dispuestos hacia él, a obedecerle, y que oran por él» (*Apología 1:11*). Justino Mártir escribe: «Adoramos solamente a Dios, pero en todas las otras cosas te servimos alegremente, estamos contentos de servirte, reconociendo a los reyes y a los gobernadores de los hombres, y orando para que sean hallados actuando conforme a la verdadera razón con su poder real» (*Apología 1:14,17*).

La más grande de todas las oraciones por el emperador se encuentra en la *Primera Carta a la Iglesia de Corinto* que escribió Clemente de Roma hacia el año 90 d.C. cuando el salvajismo de Domiciano estaba todavía reciente en el recuerdo: «Tú, Señor y Maestro, has dado a nuestros gobernantes y autoridades el poder de soberanía en Tu poder excelente e

indiscutible, para que nosotros, conociendo la gloria y el honor que Tú les has dado, nos sometamos a ellos en todo aquello que no se oponga a Tu voluntad. Concédeles, por tanto, oh Señor, salud, paz, concordia, estabilidad, para que administren sin falta el gobierno que Tú les has dado. Porque Tú, oh Dueño soberano, Rey de los siglos, das a los hijos de los hombres gloria y honor y poder sobre todas las cosas que están sobre la Tierra. Dirige, Señor, su consejo de acuerdo con lo que consideras bueno y agradable, para que, administrando el poder que Tú les has dado en paz y benevolencia con piedad, obtengan Tu favor. Oh Tú, que eres el único capaz de hacer estas cosas, y cosas incalculablemente mejores que estas por nosotros, te alabamos mediante el Sumo Sacerdote y Guardián de nuestras almas, Jesucristo, por medio de Quien la gloria y la majestad sean dadas a Ti tanto ahora como por todas las generaciones y por siempre jamás. Amén» (1 Clemente 61).

La Iglesia siempre consideró un deber inexcusable el orar por los que ocupaban puestos de autoridad en los reinos de la Tierra; y traía incluso a sus perseguidores ante el trono de la gracia como Jesucristo nos ha mandado: «Orad por los que os ultrajan y os persiguen» (Mateo 5:44).

LOS DONES DE DIOS

1 Timoteo 2:1-7 (continuación)

La Iglesia pedía ciertas cosas para los que estaban en autoridad.

(i) Pedía para ellos «una vida tranquila y reposada.» Ésa era la oración por liberación de guerra, de rebelión y de cualquier cosa que inquietara o disturbara la paz del reino. Ésta es la oración de un buen ciudadano.

(ii) Pero la Iglesia pedía mucho más que eso. Pedía «una vida que se vive en piedad y reverencia». Aquí se nos presentan dos grandes palabras que son clave en las Epístolas

Pastorales y describen cualidades que debe ambicionar no solamente el gobernante sino todo cristiano.

La primera es la *pietas*, *eusébeia*. Esta es una de las grandes y casi intraducibles palabras griegas. Describe reverencia tanto para con Dios como para con el hombre, esa actitud de la mente que respeta al hombre y honra a Dios. Eusebio la definía como «reverencia hacia el solo y único Dios, y la clase de vida que Él quiere que vivamos.» Para los griegos, el gran ejemplo de *eusébeia* fue Sócrates, a quien Jenofonte describe con los siguientes términos: «Tan piadosa y devotamente religioso que no daría un paso fuera de la voluntad del cielo; tan justo y recto que no cometería nunca ni aun la injuria más insignificante a ningún alma viviente; tan controlado, tan templado, que nunca en ninguna ocasión escogió lo más dulce en lugar de lo más amargo; tan sensible y sabio y prudente que nunca erraba al distinguir lo mejor de lo peor» (Jenofonte: *Memorabilia*, 4, 8,11). *Eusébeia* está muy cerca de la gran palabra latina *pietas*, que Warde Fowler describe así: «La cualidad conocida por los latinos como *pietas* se eleva a pesar de pruebas y peligros por encima de los engaños de la pasión individual y de la facilidad egoísta. La *pietas* de Eneas era un sentimiento del deber para con la voluntad de los dioses, tanto como para su padre, su hijo y su pueblo; y este deber nunca le abandona.» Está claro que *eusébeia* es una cosa tremenda. Nunca olvida la reverencia que le es debida a Dios; nunca olvida los derechos que se deben a los hombres; nunca olvida el respeto que se debe a uno mismo. Describe el carácter de la persona que nunca falla a Dios al hombre o a sí misma.

Segundo, está la *reverencia*, *semnótés*. Aquí nos encontramos otra vez en el reino de lo intraducible. El adjetivo correspondiente, *semnós*, se aplica constantemente a los dioses. R. C. Trench dice que el que es *semnós* «tiene una gracia y una dignidad que no presta la Tierra.» Dice que es el que, «sin pedirla, inspira reverencia.» Aristóteles fue el gran maestro griego de ética. Tenía una manera de describir cualquier virtud como el término medio entre dos extremos. A un lado estaba

el extremo por exceso y al otro, por defecto; y entre los dos estaba el término medio en el que se encontraba la virtud. Aristóteles dice que *semnótés* es el término medio entre *areskía*, *servilismo*, y *authadía*, *arrogancia*. Bien se puede decir que para el que es *semnós* toda la vida es un acto de culto; toda la vida se vive en la presencia de Dios; se mueve por el mundo, como ha dicho alguien, como si fuera el templo del Dios vivo. Nunca olvida la santidad de Dios ni la dignidad del hombre.

Estas dos son grandes cualidades regias que cada uno debe codiciar y pedir para sí en oración.

UN SOLO DIOS Y UN SOLO SALVADOR

1 Timoteo 2:1-7 (conclusión)

Pablo concluye con la afirmación de las grandes verdades de la fe cristiana.

(i) Hay un solo Dios. No vivimos en un mundo como el que los gnósticos inventaron con sus teorías de dos dioses hostiles entre sí. No vivimos en un mundo como el que suponían los paganos con su horda de dioses, a menudo rivales entre sí. Los misioneros nos dicen que uno de los grandes alivios que trae el Cristianismo a los paganos en la convicción de que no hay más que un solo Dios. Viven constantemente aterrados con los dioses y es para ellos una emancipación el descubrir que no hay más que un solo Dios cuyo nombre es Padre y cuya naturaleza es amor.

(ii) Hay un solo Mediador. Aun los judíos habrían dicho que hay muchos mediadores entre Dios y el hombre. Un mediador es uno que se coloca entre dos partes y actúa como intermediario. Para los judíos, los ángeles eran mediadores. El *Testamento de Dan* (6;2) dice: «Acércate a Dios, y al ángel que intercede por ti, porque él es un mediador entre Dios y el hombre.» Para los griegos había toda clase de mediadores.

Plutarco decía que era un insulto a Dios el concebir que estuviera de alguna manera involucrado directamente en el mundo; estaba en relación con el mundo solamente a través de ángeles y demonios y semidioses que eran, por así decirlo, sus relaciones públicas.

El hombre no tenía acceso *directo* a Dios, ni según el pensamiento judío ni según el griego. Pero por medio de Jesucristo, el cristiano tiene ese acceso directo, que nada puede interrumpir. Además, no hay más que *un solo* mediador. E. F. Brown nos dice que eso es, por ejemplo, lo que los hindúes encuentran tan difícil creer. Ellos dicen: <Vuestra religión está bien para vosotros y la nuestra para nosotros.> Pero a menos que haya un solo Dios y un solo mediador no podrá haber tal cosa como fraternidad humana. Si hay muchos dioses y muchos mediadores compitiendo por la lealtad y el amor de los humanos, la religión se convierte en algo que divide a los hombres en lugar de unirlos. Es precisamente porque hay un solo Dios y un solo mediador por lo que los hombres son hermanos entre sí.

Pablo pasa a llamar a Jesús el Que dio Su vida en rescate por todos. Eso quiere decir simplemente que Le costó a Dios la vida y la muerte de Su hijo el recuperar para Sí a los hombres. Hubo un hombre que había perdido un hijo en la guerra. Había vivido una vida de lo más descuidada y aun impía; pero la muerte de su hijo le colocó cara a cara con Dios como nada nunca antes. Llegó a ser un hombre cambiado. Cierta día estaba parado ante una lápida conmemorativa de la guerra, mirando en ella el nombre de su hijo. Y dijo muy humildemente: «Supongo que él tuvo que rebajarse hasta ese punto para elevarme a mí.» Eso es lo que hizo Jesús; dio Su vida para revelarnos el amor de Dios y traernos de vuelta a casa.

Entonces Pablo reclama para sí cuatro oficios.

(i) Es *un heraldo* de la historia de Jesucristo. Un heraldo es uno que hace un anuncio y que dice: «¡Esto es la verdad!» Es un hombre que trae una proclamación que no es suya propia, sino que le ha encargado el rey.